

DICTADOS DEL SUEÑO

Jorge de la Llave Krauss

Colección
Boca del Cielo



UNICACH

Dictados del sueño

Jorge de la Llave Krauss



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS

2013

**Colección
Boca del Cielo**



UNICACH

Joya turística del estado de Chiapas, Boca del Cielo es uno de los nombres más poéticos originados de la sensibilidad colectiva de sus habitantes y el idóneo para una colección de libros destinados a la recreación artística. Los títulos reunidos bajo este sello comprenden el arte y la literatura originados en la entidad o destinados expresamente a ella por autores de diversa procedencia, hermanos todos por su vocación cultural.

Primera edición: 2013

D. R. ©2013. Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas
1ª Avenida Sur Poniente número 1460
C. P. 29000, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México.
www.unicach.mx
editorial@unicach.mx

Diseño de la colección: Manuel Cunjamá

Ilustración de portada: Luis Felipe Morgan Vázquez

Impreso en México

Dictados del sueño

Jorge de la Llave Krauss

**Colección
Boca del Cielo**



UNICACH

Índice

Prólogo.....	11
Vientre de siglos	15
Nostalgias	18
La mujer de vino.....	20
Ventana a la playa	25
Una gota de mar.....	27
48 años	29
Soledad	31
Perdón.....	33
Hoy ya puedo pensar en ti.....	35
Tormenta	37
Hoy me habló un ángel	39
Ser (1955).....	41
Agonía.....	43
Regreso.....	45
Templo.....	47
Tiempo.....	49
De tarde.....	51
Amigos de siempre	53
Un mal sueño.....	59
El tatuaje.....	69
El milagro de las aguas.....	75
La ponencia	81
La muerte llega dos veces.....	89
La memoria del camino.....	99

El camino principal.....	111
El palo de chaca (1955).....	121
Un día de campo (1955)	127
Un hombre ocupado.....	133
Crónica de un viaje cualquiera	135
Semblanza del autor	143

El presente libro, pretende ser un homenaje al recuerdo de mi compañera de toda la vida, Sarita García Migoni, con el cariño imperecedero de quien tanto la amó y a mis cinco hijas, que ahora son la razón de mi vida.

A mis nietos y nietas con todo mi cariño.

A mis familiares de Córdoba que nunca me han olvidado.

Al señor Ing. Roberto Domínguez Castellanos, rector de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas y a todo su magnífico equipo de colaboradores.

A mis amigos.

El autor

Prólogo

Jorge de la Llave Krauss, abogado originario del estado de Veracruz y vecindado en Tuxtla Gutiérrez desde hace varios años, es un enamorado de las letras y este aserto sobresale en su producción literaria. Ha incursionando en el ramo de la poesía y de la elaboración de cuentos sin haber editado hasta ahora su producción poética completa aunque sí la de las narraciones cortas. Esta obra contiene ambos géneros y sale a la luz pública bajo los auspicios de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, además del agrado e inclinación que por la difusión de la cultura tiene como vocación irrenunciable su rector, el ingeniero Roberto Domínguez Castellanos.

El hueco que en la vida del autor de este libro dejó la desaparición física de su distinguida esposa, doña Sarita, lo ha llenado con sentidos versos e invariablemente en un estilo de absoluta libertad en las formas, clasificado ese modo por algunos entendidos como poesía libre y, por otros como prosa poética, pero de suyo con una cadencia que invita a la lectura y a la reflexión: “Yo, que tanto he escrito sobre la soledad sin haberla vivido realmente, hoy la siento llegar callada y triste envuelta en un manto de lágrimas que me sorprende en la inmensidad de mi cama vacía”.

De la Llave Krauss escribe con propensión a un estilo de absoluta claridad y en algunos de sus versos desnuda su alma a la vista de los lectores y acusa una constante nostalgia por los seres queridos que se le adelantaron en el peri-

plo hacia la eternidad, como en los poemas “De tarde” y “48 años” —dedicado a su compañera de toda la vida— y en el titulado “Hoy ya puedo pensar en ti” con el subtítulo “para Angélica, un recuerdo post mortem, cincuenta años después”, un auténtico monumento a la lealtad conyugal por estar escrito y dedicado a una exnovia, pero ya desaparecida del mundo material la esposa del autor.

Jorge se dice hijo adoptivo de Chiapas y con inspirada advocación le dedica a esa entidad su poema “Ventre de siglos” en donde acentúa no únicamente su inclinación lírica sino asimismo su apego a la conservación de la naturaleza que nos cobija y nos prodiga sus bienes: “Un mensaje de luz, hace actual tu presencia. Se te muestra tu cráneo, donde antes había bosques. Y sigues abortando vaticinios antiguos. Sé que no te rendirás jamás, aunque los hombres ingratos te destruyen, y paradójicamente en tu dolor, lances al aire el lamento de tus marimbas milenarias que se niegan a morir”.

De la Llave Krauss nos obsequia sus metáforas elegantes y de claridad extrema, como suelen ser las líneas de los pintores realistas, en su trabajo titulado “Una gota de mar” nos dice: “Has heredado del mar la calma de su esencia y el torbellino torpe de su enojo. Tu cuerpo refleja el oleaje persistente del cambio de marea”. O bien en el poema “Soledad” cuando afirma: “Mi voz me rebota ecos extraños que ocasiona tu ausencia. Mi alma me transmite los fantasmas que expulsé cuando llegaste”.

El sentimiento expresado, en palabras precisas y diáfanas de este autor, llena sobradamente el hueco de la ausencia de reglas clásicas, digamos por caso, la rima, la métrica y la acentuación acompasada y cubre satisfactoriamente las expectativas de los lectores inclinados a deleitarse con poemas de buena factura.

Por lo que hace a los cuentos publicados en esta misma edición, es de resaltar cómo el autor ha absorbido en su estancia en Chiapas las formas, los dejos, los acentos y el espíritu bellamente vernáculo de las gentes de la provincia que lo acogió y le ha brindado lo mismo alegrías que tristezas, destacando entre las primeras su gusto por la vida.

El cuento es el medio ideal para formular breves autobiografías disfrazadas y asimismo para echar a volar la imaginación inventando personajes, situaciones inesperadas y el cierre magistral de un relato. Los cuentos de este libro cumplen con las formas que el lector avezado en este género busca, o sea, la brevedad, la parrafada substanciosa con una bien sazónada narración, un argumento de interés sociológico y humano, pero sobre todo, un desenlace ingenioso.

En “Crónica de un viaje cualquiera” nos sitúa Jorge de la Llave en escenarios muy familiares para los habitantes del centro de Chiapas. Por sus señalamientos del aeropuerto a donde arriba al estado de Chiapas el personaje principal aunque no indica el nombre sabemos nos habla de la malhadada terminal aérea reconocida como Llano de San Juan “donde siempre hay vientos encontrados, neblina y un barranco al final de la pista”.

Uno de sus cuentos, de nombre “El milagro de las aguas” contiene un párrafo de crítica política que le cabe a cualquier sitio de la república mexicana al exponer cómo al iniciarse un sexenio los nuevos funcionarios públicos llegan con las ideas románticas del principio de su campaña proselitista muy similares al azul de las aguas transparentes, pero al paso del tiempo las aguas se van enturbando poco a poco. En esta historia son personajes destacados el obispo rojo de San Cristóbal de Las Casas, Marcos, el del pasamontañas de estambre negro y de pipa inglesa y otros de cierta trascendencia.

En el cuento titulado “Un mal sueño” el diálogo con modismos a los que acertadamente algunos llaman chiapanecismos va a ser el divertimento de los lectores proclives a las páginas de fuerza descriptiva y a los giros idiomáticos locales.

Es conveniente hacer especial énfasis en la fuerza creativa del autor dentro de la narrativa de cuentos dada la riqueza metafórica de su lenguaje, en donde sale a flote su espíritu de poeta. Veamos, como ejemplo de lo anterior el principio del relato “El camino principal” a partir de su primer renglón: “... el grupo de personas que se deslizaba lentamente por la montaña, sólo se alumbraba por la escasa luz que se desprendía del sarampión de la estrellas”.

Esta obra de poesía y cuentos que el lector tiene en sus manos enriquecerá los anaqueles de las colecciones públicas y privadas y le dará a Jorge de la Llave Krauss la dicha muy legítima de ver su nombre agregado a la lista de autores que han trascendido en el tiempo y en el espacio, y nosotros suponemos, podrá ofrecer orgullosamente su numen literario a la memoria de su querida esposa doña Sarita.

Julio Serrano Castillejos

Vientre de siglos

Para ti, Chiapas, con todo el cariño
y respeto de tu hijo adoptivo

Efebo que te siembras, entre lluvias de tiempo,
en los surcos que sudan el olor ha pasado.
Provinciano que estrenas un gafete de luces
en las noches —ya frías— de tu clima cambiante.
Te han desgarrado el alma de tus duras entrañas
y al someter la vertiente de tus venas
un mensaje de luz, hace actual tu presencia.
Se te muestra tu cráneo, donde antes había bosques,
y sigues abortando vaticinios antiguos;
sé que no te rendirás jamás, aunque los hombres
ingratos te destrocen, y paradójicamente, en tu dolor,
lances al aire el lamento de tus marimbas milenarias
que se niegan a morir.
Y sus notas, rebotarán en cuentas millonarias
que hacen noble al infame... y lloras,
Y tus lágrimas copulan con tu tierra incansable,
y del parto, se elevarán tus pinos a las nubes,
y con el renuevo valiente de tus bosques
harás posible el milagro de las lluvias de agosto...
y el hacha, mellada por la ambiciosa secta,
volverá a cantar el himno a la muerte ecológica.

II

Tú, señora de la vida y de la muerte,
que cruzas por los años sin cambiar tu destino.
Tú, que eres piel en las matas, y taberna en tus venas,
que enturbian los sentidos de los seres que prueban
el sabor de tu sangre, mientras sonríes,
y tu sonrisa se congela en tu rostro de duro guayacán;
y aún cuando la historia de tu patria, casi casi te ignora,
y alguien te hace granero de un invierno futuro,
nos demuestras al mundo que el futuro es pasado
y el granero se ha roto en generosa ofrenda
que reservaste intacta en tu vientre de siglos.
Alguien pensó —allá afuera— que eras carga de leña
que agota más al indio que el calor que le da,
pero en la crisis demuestras no ser sólo granero,
eres luz, eres chispa, eres flama...

*... y sos también maíz, y sos trago,
y sos historia y geografía en matrimonio
que paga sus impuestos en turismo extranjero;
sos quetzal en tus selvas y en las costas... sirena,
y sos también ejemplo de verbena eterna
donde brota el ingenio primitivo,
y sos la sangre que vertiera cristo
... en casos de pozol.*

eres lánguida novia, que a través de los siglos
guardaste el himen puro, esperando la noche
para entregarte toda al fálico querido
que moría de tristeza, y lo haces renacer;
eres hembra, eres madre y eres diosa y amante,
esmeralda engarzada en anillo de cobre,
flor del tiempo que pide comprensión.

III

Hoy el mundo te mira, te venera, te adora;
y presenta tu esencia con vestido de luto.
Como herencia del fruto que vomita tu vientre,
y ese padre cariñoso de los vientos, llevará tu mensaje,
que traducido al idioma de los tiempos, hablará de lealtad.
Y el indio aquel que se rebela
cansado con su carga de cultura,
al saber que su madre lo vigila...
morirá feliz.

Nostalgias

Un recuerdo a quienes fueron mis amigos
en mi época de estudiante

Cuerpos lejanos que se acercan
con el recuerdo de aventuras perdidas.
Años desgranados inútilmente por la lejanía.
Recuerdos que se creían borrados
y que regresan de pronto
con sólo mencionarlos una boca amiga.

Aires noctámbulos y fríos
que hieren mi avejentado rostro
con su aroma de tiempos.

Vivir nuevamente antes de morir,
(¿o morir nuevamente en constante vivir?).
Recorrer los caminos transitados
sembrando mi felicidad en cada surco.
Enterrar al tiempo transcurrido,
abrazar al amigo olvidado
y sacar de su tumba al fallecido,
perdonar a quien nos olvidó
y pedir perdón por nuestro olvido;
comprender al amigo que emprendió
un viaje distinto,
y volver a caminar juntos

aspirando el aroma de las aulas
que marcaron nuestro rumbo.

Hambre de juventud, nostalgia de mis huellas,
recuerdos que salen de su olvido
donde mis años los tuvieron presos
en criminal encierro.

Volver a vivir aunque fuera un momento
con la alegría del ayer...

... ahí

donde se justifican los errores,
donde se gozan las hambres,
donde se perdona la embriaguez,
donde se amó a la mujer que sigo amando,
y se escribieron mis primeros versos,
donde gocé mi juventud
y donde dejé enterrada mi inocencia.

¡Oh! Cómo quisiera regresar y volverlo a vivir...
aunque fuera un momento.

La mujer de vino

Sr. Cura de mis respetos:

Le mando esta humilde carta, con mi consideración,
pidiéndole que la turne a mis hijos, y a la amada
que fue de mi corazón, pues lo que fue amor eterno,
recién cuando nos casamos, ella convirtió en infierno
con sus constantes reclamos, y al buen hombre
franco y tierno lo ha convertido en malva'o y eso no tiene remedio.

Llego por fin a mi casa buscando el calor de hogar,
tras de mucho trabajar y con la espalda cansada...
Y ¿qué encuentro?..... ¡vive Dios!
¿que salen niños corriendo a recibir al sopenco
que se mata trabajando para darles un hogar?
¿que mi mujer me esperaba, llena de amor, arreglada
y con ganas de abrazar a quien mucho la deseaba?
¡No lo penséis ni de broma!
Re'diablos que la Dolores ya no quiere saber na',
después del cuarto mocoso no quiere ver ni mi estampa
pues dice que soy culpable de cuanta cosa le pasa:
“que el crío lloró... que la casa se está...
cayendo de vieja, que la ropa... se rompió,
que los zapatos aprietan y que el loro desgracia'o
por mi culpa se murió.”

¡Pardiez! que no es vida ésta, pues si duermo ¡cómo ronca!,
Que si sudo trabajando: ¡véte de aquí, mala bestia!
que los sobacos te apestan y vives abanicando
tus porquerías en la mesa.

*...y si en la calle sentí un cosquilleo por abajo y llego
buscando el tajo*

que me sirva de consuelo...

“¡i descara’o... degenera’o!!

*pensáis sólo en fornicar todas las horas del día,
en lugar de trabajar*

como hombre bien educa’o

*¡cuándo tú me has invita’o como se invita a una dama,
en vez de echarme a la cama como un animal hambrea’o,
a pasear... la romería, o la tertulia... porfía?*

*¡En lugar de porquerías, lleva a pasear al chaval,
pues no creo le caiga mal salir con su padre, un día
vete de aquí... mequetrefe! embustero y holgazán,
Pues si no ganas el pan, la Dolores, no te quiere!”*

... Y esta es mi vida ¡demonio!,

Mas no penséis que eso es todo, falta la chorcha de críos
que están esperando el modo de atacar con nuevo brío
al pobre padre... ¡demonstre!, que llega soba’o, moli’o,
y ya no dice ni pío cuando llega por su hogar,
porque la vieja... ¡ni hablar! la niña... que sus chancletas;
el mayor que mis pesetas ya no le alcanzan pa’ ná;
la nena... su chupetín y la otra... su pantaleta;
que el tendero de la esquina ya no fia ni los bolillos
Y yo traigo los bolsillos
más tristes que mi conciencia y debo tener paciencia
Porque yo los traje al mundo.

¿Dónde quedó mi Lolita
la preciosa jovencita de quien yo me enamoré...?
¿Dónde está ese ágil talle, que admiraban por la calle, los
que tomaban café...?
¿Dónde su cutis rosa'o que se tornó nacara'o el día que me
declaré...?
¿Dónde estará la chiquilla que con su cofia amarilla se
paseaba por doquier
dejando alientos corta'os, suspiros y enamora'os de quien la
quisiera ver...?
Y después, la capillita,
velo nupcial, y a hurtadilla, el beso de su querer;
El cura en gesto amistoso, se cubría con el embozo
al ver que el perfil hermoso, promesa de amor le daba
a quien orgulloso estaba de hacerse llamar: su esposo

Y la noche que esperaba, llena de rubor estaba por recibir
el jaleo
que a golpe del himeneo su esposo le propinaba...
Todo pasó como un sueño, y hoy sólo quedó a su dueño
un recuerdo en la conciencia,
al verme en la adolescencia frente a tan gentil esposa,
Llena de vida... dichosa, con palabras amorosas
Y caricias sin iguales;
Nuestras noches... los rituales de la nueva religión,
Que forjó nuestra ilusión de amarnos los dos iguales.

Llega el tiempo de aportar un nuevo y gentil efebo a la pobre
humanidad,
y nace Fermín... ¡criatura! Qué manera de berrear,
si al menos con humildad llorara como otros críos...
más desde chico gritó con inusitados bríos,
y sólo estaba calla'o, cuando dormido en mi lecho,

chupaba su dulce pecho como si estuviera hambrea'o
mientras yo... desespera'o miraba muy fijo al techo.
Con todos se sonreía,
conmigo... ¡recontra-diez! cuando dócil me acercaba,
(que era allá de vez en vez)
el chaval desgañitaba hasta volverse al revés,
...y sonriendo, me marchaba.
Y viene el segundo parto;
Yo con miedo que saliera otro pingo que quisiera
arrebatar me a la madre, quien se hinchaba por el talle con
singular rapidez,
Lo que me echaba de lecho mirando con languidez
Lo que pasaba a su pecho, que moría de flacidez,
Y cuando el lado derecho le colgaba hasta el ombligo,
el lado izquierdo, orgulloso, se congestionaba airoso,
queriendo jugar conmigo.
...¡y que nace la chiquilla!
Amorosa y peloncilla,
como hija del buen Fermín
Me adoraba, me quería, me orinaba, se dormía
en brazos del gachupín;
Y yo, orgulloso y amante, quería llevármela aparte
para no contaminarla...
Más la cruel naturaleza obligaba a amamantarla...
Y eso sí, yo no podía; y ni modo se me fue
Igualito que su hermano de parte de la mamita
que me ganó el mano a mano.
De los otros, ni le cuento para no hacer más sangriento
este partir doloroso de un marido cariñoso
que fue mal correspondió.

No puedo dejarles ná,
ni joyas de plata y oro

ni cuentas llenas de duros,
Sólo me llevo mis puros
y el recuerdo de mi loro.
Ay dígame a la Dolores que devuelvo sus favores
Con el cariño de antes..
Voy en busca de Lolita, pues ella quedó solita
cuando cumplí mi destino, aunque tenga que buscarla,
en mi botella de vino.

Ventana a la playa

Cuerpo desnudo que reposa distante
en la prosa caliente de la playa....

...Mujer

icono de deseo

que irradian tu sexo sobre las dunas
sin respuesta inmediata.

Los pasos ajenos te motivan

con recuerdos inmóviles,

que se resisten a huir de tu memoria.

El oleaje,

se repite incesante...y se burla

de tus sueños de fantasía.

Sólo

Caminando sin rumbo,

hollando las arenas candentes

y sólo acompañado por mis huellas

que me siguen fieles e incansables,

observo cómo el ponto parte de azul el horizonte

y una gaviota solitaria

inicia un vuelo rasante

mientras entona su himno de la muerte;

un alcatraz, brota del firmamento

con alas zigzagueantes,

que recuerdan la historia.

En un rincón
un ancla, vieja y oxidada
es testigo del despojo del mar,
y persiste en platicar sus pasadas aventuras,
en tanto las arenas la devoran lentamente.
Arriba el sol, ese ingrato y consentido
tirano de los tiempos,
calienta la arena, que sigue tragando mar,
y desvergonzadamente
acaricia tus senos al desnudo.

*Una niña se acerca... te habla,
con charola de hueva entre las manos...
y luego, despacio, con el dolor olvidado
de sus pies quemados
...se va.*

A lo lejos se escucha
el bronco llamado del mar,
que interrumpe el chillido de los pájaros marinos
que espantan el silencio,

Más allá, desde el fondo de un misterio,
salpican las notas del danzón olvidado.

Una gota de mar

Eres como una gota de mar
que se trasforma en rocío o tormenta,
mientras tus ojos reflejan el color
cambiante de tu alma,
cuando te domina la pasión
ya sea por rencor, odio, ternura o amor.

Has heredado del mar la calma de su esencia
y el torbellino torpe de su enojo.
Tu cuerpo refleja el oleaje persistente
del cambio de marea,
mientras sueñas en el beso de amor
Que desconoces porque nunca llega,
y que quiere trascender en un amor eterno
y en su ausencia, todo tu ser
se cimbra con aspectos tenebrosos
en momentos de rabia.

Eres como una gota de mar,
y en el requiebro inconsútil de la luna
te pierdes en metáfora y danzón,
y buscas en la arena de tus playas
alivio al dolor que te consume,
y tu cuerpo desnudo se trasforma
al contacto de la brisa del mar,
y tu piel de caracola

brillará eternamente en las noches de tu playa
como luciérnaga marina.

Eres como una gota de mar,
que patrocina la forma y el deseo,
mientras pasa la vida, inadvertida,
incidiendo tercamente en tu belleza
y absorbiendo el verde del océano
para verterlo perenne en tu mirada.

Eres como una gota de mar...

48 años

Al recuerdo de mi más grande amor: mi esposa

No me atrevo a escribir...

Mi lápiz se niega a descubrir mis secretos
pensamientos, que se han divorciado de mi corazón
y sólo mis lágrimas se atreven a calmar
el calor de mis mejillas.

Yo que tanto he escrito sobre la soledad
sin haberla vivido realmente,
hoy la siento llegar callada y triste
envuelta en un manto de lágrimas
que me sorprende
en la inmensidad de mi cama vacía.

Hoy que las notas de mi “sinceridad”
que juntos escuchábamos tomados de la mano,
me remontan a ese infierno de recuerdos
al que estoy sentenciado,
Y que al estrenar nuestra casita de cristal
tu ausencia se hizo más tangible;
Hoy que el llanto me quema la esperanza
de volverte a ver,
y me enfrenta a la realidad
que no quería comprender,

de estar solo,
irremediablemente solo.

Hoy, que mis horas nocturnas se han convertido en
terriblemente largas y tediosas,
he sentido a la muerte
...y he rezado por ti.
Porque hoy he comprendido
el dolor de no volverte a ver...
y sólo me reconforta el saber
que muy pronto estaré contigo.

Siempre te amaré

Soledad

Mi voz me rebota ecos extraños
que ocasiona tu ausencia.
Mi alma me trasmite los fantasmas
que expulsé cuando llegaste...
Y hoy han regresado,
han regresado y se burlan de mi soledad
como si supieran cuanto te extraño.

Solo,
retozando en este vacío sin lágrimas que es mi alma,
vuelvo a escuchar esa triste pregunta que punza en mi
memoria:

¿Volverá?

¿Por qué no me dejaste un poco de tu risa,
del sabor de ti que han olvidado mis labios,
de tu olor que ya no está en mi almohada,
de tu sexo?
que no se desprende de mi mente,
Pues aunque sé que eres de otro

A veces, sólo a veces
deseo tanto que vuelvas,
aunque sé que al hacerlo me lastimas

Pero cuando invento recuerdos,
en la soledad inmensa de mis pensamientos
que me gritan tu nombre;
cuando pienso que al mirarte a los ojos,
encontraré que éstos dejaron de ser míos
y se hundieron en los arcanos desconocidos
de otros ojos ajenos;
Cuando soñando con besar tu cuerpo
Lo encuentro mancillado por besos extraños,
Y tus profundidades examinadas
por pasiones ajenas...

Entonces siento otra vez mi soledad
y los fantasmas regresan a mi alma.

A veces, sólo a veces...

Perdón

Pasó como una ráfaga de viento helado
atropellando al viejo sauce,
enfermo de soledad y melancolía.

Ella fue, en su momento,
como una gota de agua para el sediento,
como un suspiro,
una lágrima, un pensamiento, una quimera,
como el último fuego de una historia,
como el devenir frustrado de una espera...
como un canto de amor.

Sus ojos, esos ojos tiernos acorazados
tras las negras e inmensas pestañas
que sólo saben reír y herir,
ocultando sus ineluctables pensamientos
que nunca adiviné.

Qué difícil fue convencerme
que era de otro, a quien seguramente amaba
—aunque nunca me lo dijo—
pero después de todo, ¿por qué habría de
decírmelo...?

Para ella, yo sólo era un negocio más,
un viejo cargando un menaje de años y de vida

que en la inmensidad de su delirio,
creyó que todavía podía ser joven...
cuando el único idilio que podía lograr
era con la muerte.

No, no lo sé y no quiero saber
qué me impulsó actuar aquella tarde,
que ganando una apuesta, la perdí,
pero me llevo el sabor de sus labios
envuelto en su odio permanente
que no quería comprender

Sólo ella sabrá interpretar mis versos
si algún día caen
en sus manos consentidas,
y sólo ella guardará,
en lo profundo de sus recuerdos,
esa palabra que será un adiós definitivo...
perdón.

Hoy ya puedo pensar en ti...

Para Angélica, un recuerdo *post mortem*,
cincuenta años después

Hoy que sé que te has ido
hacia el mundo
de lo irreconocible que tanto temías,
dejándonos tu dolor repartido en lágrimas.

Yo, desde mi juventud, dejé de pensar en ti,
ya nunca más quise recordar
ni tu risa, ni tus esperanzas,
ni siquiera tu soledad
que nunca supiste compartir.

Y olvidé cómo eras,
llena de amor por la vida,
con la esperanza
brillando en tus pupilas cambiantes,
con tu paso garboso con libros bajo el brazo,
y turgencias juveniles
haciendo explotar tu uniforme azul y blanco,
tu risa,
esa risa que iniciaba en tu boca
sin llegar jamás al verde de tus ojos
y que hace tanto tiempo se quedó encerrada
en algún lugar desierto de mi alma.

Y ese beso...
que me condenó a vivir desesperado tantos años,
y que siempre traicionó mis deseos de olvidarte;
y el calor de tu cuerpo que nunca fue mío...
fueron algunas cosas que tuve que olvidar...
y para eso me propuse dejar de pensar en ti,

a no pensar en ti...

a no pensar en ti.

Hoy por fin me has liberado,
con tu huida de este mundo,
que incomprensiblemente te castigó...
Hoy que partes feliz,
hacia esa nueva vida de esperanza
donde no habrá más dolores
ni soledades, ni angustias...

Hoy que sé que has muerto,
te agradezco que por fin me hayas devuelto
la facultad de volver a pensar en ti.

Tormenta

Lluvia de bendiciones,
cargamento de vida desbordada
en el fértil vientre de la tierra.

Lodo y cansancio en el camino
que lleva a alguna parte,
mientras los ríos,
empantanados en sus márgenes,
castigan al osado campesino
que desfloró sus orillas.

Viento de depresión que ya no juega
cantando con las matas,
ahora las golpea
con maldiciones de fuerza.

Correr de agua por las calles,
barquitos de papel
salidos de la fantasía de los niños,
correr de agua
aumentada por lágrimas de impotencia
de las madres huérfanas de hijos;
santos avergonzados por su culpa
permanecen estáticos en sus nichos
con gestos de dolor,
estallido del trueno

impotencia,
temor,
suplica,
compasión.

Y después, el final, la calma,
y el Padre Nuestro abandona
la mente de todos.

Hoy me habló un ángel

Para mi ahijado José Eduardo

Hoy me habló un ángel...

Después de soñar con mis años de infancia,
y lamentar que se hubieran quedado
perdidos en la negrura del tiempo,
y llorar por la inmensa soledad
que la partida de tu abuela me dejó.
Después de temer que ya nunca me consolaría
y pensar que mi vida había perdido el sentido.
Después de recluir mi tristeza en mi casita de cristal
y pensar que solamente la soledad sería mi única compañera...

Hoy me habló un ángel...

Su voz llegó en un pensamiento
que me recordó
que la vida no es únicamente el recuento de mis años
desgranados como cuenta de un rosario,
que mi vida no es únicamente mía,
que si Dios me mandó a esta familia a quien adoro,
no fue un regalo gratuito,
sino la encomienda de amarlos y cuidarlos
por toda su existencia;
y sé también que él hará llegar su voz,
y su ayuda infinita, para lograr

llevarnos a todos —en su momento—
por el camino del cielo...
Yayito, hoy tú eres ese ángel
que me trajo un mensaje de Dios,
claro que acepto.

Ser (1955)

Muero en la soledad de mi locura,
existo en el momento del fracaso,
se me han ido las fuerzas...
¿Es acaso el principio del fin?

La neurosis, mi eterna compañera
me ha vuelto la espalda, se me ha ido
luché por desprenderla de mi lado
y hoy que al fin se ha despedido,
la extraño.

No soy normal, lo sé, pienso distinto.
El normal es mediocre, conformista,
viven porque en el mundo son paridos
y hay que seguir a Dios, seguir su pista.

No soy normal, lo se porque estoy loco;
mas ¿por qué llaman locura al comprenderse...?
saber lo que es, sin detenerse,
ser un tunante, ladrón, mendigo, homosexual o genio
lograr lo que obtuviera el Gran Gautama,
el Buda Hindú inmortal: Sidhartha

No soy normal lo sé, porque yo siento
rebeldía de vivir, sólo viviendo,
yo quiero ser feliz, pero sufriendo,
porque me debo conocer... y sufro.

He terminado de escribir,
por un momento he visto la verdad,
aquello que es por sí, y no se interpreta...
la realidad.

Agonía

A mi adorada hermana Pichona
a quien nunca olvidaré

Inmóvil y lejana se fue como vivía,
como el vuelo de un ave,
callada y en silencio como niebla de enero;
era sólo un suspiro
un beso,
una caricia,
y así se despidió.

Era la hora soñada que ya se presentía
con sabor en la boca, con dolor en los huesos
...ella ya lo sabía;
su esposo la esperaba con
los años contados
en rosario de ausencia.
Sufrió por tanto tiempo de vivir sin su vida
En una acostumbrada soledad.
Y esa tarde,
sumida en crespones de tristeza
al fin se presentó,
llegó como lo hacía al volver del trabajo,
con la risa en los labios,

el ingenio en los ojos
y la alegría infinita de volverse a encontrar;

...suavemente

Con la calma que le dieron esos años de espera,
recostó su cabeza en la almohada de plumas
cincelando en su rostro la aventura final
sólo extendió sus brazos
y ya juntos, por fin, en el imperio
de los tiempos eternos,
volaron dos pichones
hacia el reino de Dios.

Regreso

Un suspiro al Córdoba de mis amores

Olor de caña de azúcar con aroma a café;
naranjos que se incrustan en el paisaje
mientras la nieve se perfila en la montaña,
en un retrato que interrumpe, solemne,
la capilla.

Pasos de infancia, querencia de los siglos.
Reposo de cenizas que marcan un final;
esbozo de los tiempos que interrumpen los recuerdos
incrustados con golpes de martillo
en mi frágil memoria.

Palmeras anoréxicas que rascan tus estrellas
en las noches eternas,
mientras tus portales revientan de alegría
con el ocio de los viejos
y los intentos de la vieja marimba que canta a la mujer.

Allá, casi tocando la falda del volcán,
quedó mi infancia sepultada en la plazuela,
entre experiencias olvidadas
y quejidos imborrables.

Han pasado los años,
ha pasado la vida;
se ha borrado la huella de mi despedida
y aquellos que ayer me despidieron,
ya no están más...
Y los extraño
cuando solo camino por las calles
respirando:
El olor de la caña de azúcar con aroma a café.

Templo

Desfile silencioso y estático de sombras
que riegan de lágrimas la juncia
que engalana el entarimado de ocote,
sucio de lodo y tiempo.
Rostros iguales y morenos
que se apresuran a parecer buenos.
Santos castigados por ineptos
con el rostro hacia la pared;
ropajes de indígenas, posh en las botellas
y niños llorando por el dolor del hambre.

Olor a tierra, humo, sudor y pino
que no llega a beatificarse,
en el fondo una voz desentonada
canta el hosanna en tzotzil,
y un sacerdote le habla a Dios
en un monólogo acostumbrado;
mientras murciélagos,
cínicos y desvelados,
interrumpen el evangelio.
Hombres de pie, serios, bondadosos,
santificados,
que en medio de su autismo
observan y desean;
jóvenes mujeres luciendo sus nuevas formas,

pasean su sexo a través de las filas.
deseo, lujuria, pecado.
Pecado que no se confesará
y será olvidado al salir del templo.

Tiempo

Calendario antipático y soberbio
que en tu afán hiperactivo
apresuras el paso,
revolviendo tu miseria con la mía.

Dentro de ti se acumulan
las desdichas de los viejos,
las ternuras de los padres,
las esperanzas de los enamorados,
la angustia de las madres,
el llanto de los moribundos,
y sigues con tu paso implacable
en los caminos de la soledad,
Con tu rostro descarnado y frío
y una sonrisa permanente y eterna.

Dentro de ti se han desgranado
todas las desgracias que registra la historia;
viejo como el palpitar de la vida,
joven como el primer llanto del niño,
sombra misteriosa que cabalgas
en ancas con la muerte,
recordándonos el momento final,
mientras te alimentas de lágrimas y sangre
y siempre vigilando las llamas de la vida;
asesino implacable y feroz

que viajas por el yermo,
sin hambre, sin amor, sin nada,
sólo dejando tu huella en nuestros rostros envejecidos,
y apagando velas que ya han cumplido,
aunque sean inocentes,
y a tu paso,
sólo queda un empedrado de angustias y dolor.

Sé que será algún día que conozca tu rostro,
sé que vendrás a mí cuando debas venir,
sé que estarás puntual a la hora indicada
y entonces, darás la respuesta a mi pregunta,
y solos, envueltos en la negrura de lo desconocido
de tu manto inmortal,
partiremos callados hacia el fin de los siglos.

De tarde

Es una tarde húmeda y gris,
perezosa y radiante de nostalgia;
es triste el gris,
recuerda las imágenes de familiares idos
y de seres queridos;
Pero esta tarde... ¡Oh, esta tarde...!
sentado al borde de mis recuerdos,
he sentido caer las gotas de mi vida
en mi infinita soledad.
Ya no puedo pensar,
todo me lastima y veo correr mi juventud
escurriéndose en el tiempo
sin un adiós... sin nada;
ya no puedo llorar,
tienen mis ojos la nostálgica arena del mar.
Me duelen los sentidos y mi boca
no quiere decir las palabras que aprendió.
No sé que tengo
pero siento mi cuerpo tan lánguido y tan solo,
como deben sentirlo los muertos

Amigos de siempre

Los tres golpes, perfectamente espaciados, hicieron retumbar la santidad del hogar de doña Estrellita, como las campanadas de Misa de Gallo; "Voy...voy".

La viejecita, vestida de negro, atraviesa la sala principal, limpiándose las manos con un delantal que pone un toque de frescura a su persona, mientras con la vista recorre que todo en su casa esté en perfecto orden; la sala, compuesta con muebles estilo Porfiriato enmarcados en madera de cedro y los asientos y respaldos de "ojo de perdíz", está adornada con velitos hechos por la dueña y descansaban sobre una deslucida alfombra de fines de siglo, que entre momentos, nos relataba tiempos mejores; en las paredes, como centinelas rígidos y fieles, los retratos de varios caballeros barbudos y damas de dulce aspecto, nos decían que la dueña de la casa, no siempre estuvo sola; las ventanas angostas y altas, cubrían el enrejado exterior, mostrando los visillos de tul, que en su tiempo fueron blancos, pero que ahora presentan un color de polvo, solo señalado por las marcas que les han dejado las contraventanas de madera, que en éste momento, abiertas, dejaban pasar la luz de un atardecer de invierno. En la pared de la sala que corta la puerta que lleva al recibidor, dos retratos antiguos de jóvenes con vestimenta fuera de moda, nos veían a través de una sonrisa irónica, acentuada por bigotitos perfectamente delineados, que les daban un aire de suficiencia juvenil.

La puerta se abre al fin con sonidos de cerrojos mal engrasados y chirriar de madera.

—Buenos días caballeros.

—La señorita Estrella del Villar?

—Para servir a Dios y a ustedes, caballeros.

Los “caballeros”, pues eran dos los visitantes, eran hombres que hacían juego con la anfitriona, ambos ancianos y vistiendo trajes que en el siglo pasado, hubieran competido en un concurso de modas, pero que en la actualidad, estaban bastante ajados por el uso y el paso de los años, sin embargo, en sus rostros, tenían grabada una sonrisa tan marcada, que las miles de arrugas les cuadrículaban sus facciones y sus ojos casi se perdían en las cortinas de sus párpados.

—Estrellita ¿será posible que ya no te acuerdes de nosotros?

—Perdónenme caballeros pero es que no sé, los achaques, la vista...

—¿Acaso ya no recuerdas —terció el otro caballero— a tus amigos de siempre, aquellos con quienes compartiste tan gratos momentos en los bailes de La Lonja, en nuestra época de estudiantes?

—Pero, eso es imposible ¿Federico? ¿Alejandro? No, no estoy soñando, esto no puede ser posible, después de tantos años y... siempre me habían dicho que...

—Pero lo es, querida amiga, dijo el primero ¿acaso no juramos los tres, que algún día volveríamos a vernos..?

—Pero, vamos intervino el otro visitante invítanos a pasar, porque cae la noche y nuestros huesos ya no son tan jóvenes como antes.

—Claro... claro, pasen, están ustedes en su casa, la Señorita del Villar, poco a poco se iba calmando de la sorpresa, pasen.

Los caballeros pasaron a la casa, después de una doble inclinación de cabeza y la dama se apresuró a recibir sus sombreros de copa, que habían permanecido dócilmente en las manos de los visitantes mientras se hacían las presentaciones, y como personas que conocen perfectamente la casa, inmediatamente se volvieron hacía la sala, donde a una indicación de la anfitriona, tomaron asiento en los muebles de “ojo de perdíz” que crujieron dócilmente bajo su peso.

¿Quieren algo de tomar? un cafecito

—Vamos Estrellita, acaso ya no tienes ese licorcito de nanche, que compraba tu papá en San Lorenzo, y que tanto hemos extrañado.

—¡Hay, Federico, tú siempre con tus cosas, has de saber, que una señorita decente, no puede tener licor en su casa, pero espera, creo que en la cocina tengo un poco de aquel vinillo que uso para mis guisos...

—¡No, por favor!.. perdona, era una broma, por favor danos café.

La dulce viejecita, sale de la sala, y mientras, los visitantes se miran sospechosamente y Alejandro se para frente a los retratos con una sonrisa de conocimiento:

—Ya viste, Federico, a don Ambrosio, en esa foto todavía estaba joven, y a Pacesita, tan bella y tan dulce...

—Y que panecitos tan ricos hacía, —Federico se recarga pesadamente, lo que saca un nuevo gemido al sillón que amenaza seriamente a su ocupante— ¿recuerdas cuando veníamos a verla a las cinco de la tarde, acabaditos de salir de la escuela, buscando los bollitos calientes, recién saliditos del horno, y que siempre nos ofrecía con esas aguas frescas que jamás volvimos a probar..?

—En unos minutitos estará el café— dice Estrellita, volviendo de la cocina mientras, en un gesto mecánico, se

limpia las manos en el delantal —me van a perdonar el tiradero, pero hoy tocó salida a la cocinera y tengo que hacerlo todo yo misma.

—No te molestes, Estrellita, ya sabes que somos de confianza.

—Bueno ¿y que milagro que vienen por acá?, en realidad y para serles franca, a mí me habían dicho qué... bueno, no sé, la Revolución...

—Así es, Estrellita, la r-realidad e-es qué... verás...

—¿Me permites, Alejandro...? —interrumpe Federico—
¿Recuerdas, Estrellita, que una tarde, estando los tres paseando en la Alameda, juramos que siempre estaríamos juntos, en los momentos más grandes de nuestra existencia?

—Sí... claro que lo recuerdo y ustedes no cumplieron, pues me dejaron sola muchos muchos años, tantos que yo siempre creí que...

—Pues aquí estamos, querida amiga, para acompañarte en el momento más grandioso de tu vida.

—Pero Alejandro, ¿qué puede tener de grandiosa mi vida a no ser? espera ¿no querrán decir qué...?

—Sí, adorada amiga, ahora ya no vamos a dejarte.

Ven, no tengas miedo, ahora siempre estaremos contigo.

Los dos caballeros se levantan de los sillones, se encaminan a la salida, y después de recuperar sus sombreros de copa, extienden dulcemente las manos a su amiga, que con movimientos torpes se quita el delantal, se peina con la mano su blanco cabello, y con una sonrisa de felicidad, sigue dócilmente a sus amigos de siempre.

Cuando al día siguiente llega María la cocinera, encuentra la puerta de la casa abierta, un fuerte olor a café quemado, y al cadáver de doña Estrellita, dulcemente recostado en los sillones de “ojo de perdíz,” teniendo en sus manos las

fotografías de dos caballeros que siempre estuvieron colgadas en la pared de la sala que corta la puerta que lleva al recibidor y que siempre han tenido un listón negro cruzando la esquina.

Para mi queridísima hija Violeta,
deseando que mis
errores, le sean útiles en su
carrera de escritora.

Un mal sueño

La falsa aurora, con sus reflejos reprimidos por los efectos naturales de la selva, hacía unos minutos que había despertado a la cuadrilla de trabajadores de la madera, que en su colchón de juncia, habían pasado esa noche fría del mes de noviembre; alguien avivó los restos de una hoguera que todos creían muerta, y los huesos, que aún se resistían a moverse cobijados bajo el sarape, muy pronto iniciarían la danza del día buscando el calor de las llamas; el sol —ese tirano inflexible— asomará repentinamente su expresión burlona por las montañas, y entonces, como obedeciendo la orden del clarín, los “chaquistes” dejarán el amparo húmedo de las hojas y, con su incesante zumbiar, saldrán a buscar el alimento caliente que corre por las venas; muy pronto, la modorra de las nubes brumosas que habían encontrado cobijo nocturno en las partes bajas de las cañadas, empezarán a desaparecer y poco a poco, (como deben de hacerlo las almas de los difuntos) iniciarán su movimiento, para ir buscando su lugar en las alturas, donde permanecerán, cambiando su estructura, para goce y diversión de los niños, que aburridos con la charla del maestro —monótona y acostumbrada— buscarán con la mirada, a través de la ventana del salón de clases, la libertad que se les niega...

—¡Ya viste Chunco, aquella nubezota blanca...
parece un elefante...!

Y el Chunco:

—¡Dejá de joder!

—¡Yaa!... a poco estás muy fijado en lo que dice “el Viejo”...

—Qué fijado ni que madre, ¡me despertaste!

El amanecer en estos lugares, es una penumbra rojiza y fría, acompañada del olorcillo vivificante del café recién hervido y la tierra mojada; en la lumbre, una ollita de pel-tre, decolorada y despostillada, hierve la infusión que les dará la fuerza que necesitarán todo el día, mientras de los “lonches”, van saliendo los pocos alimentos, que sus viejas cuidadosamente acomodaron; el silencio únicamente es interrumpido por el quejar constante de los ocotes, que se niegan a inclinarse ante el dios del viento, o tal vez, lloran anticipadamente su final; el café, al fin aleja la modorra y se inicia el dialogo lento y repetitivo de todos los amaneceres.

¿...Onde anda Pedro, que siempre es el primero en servir-se y hoy no lo veo?

—Fue a cagar, y por “ay” dijo que va a traer agua.

—¡Hey! Tlaxiaco despertate vos, que tenemos todavía que llegar al tramo.

—Voy mmmmm... voy

¿...?

—¿Oyiste eso, compa? ¿oyiste? ¿qué fue?

—La danta, pues, qué otra cosa.

—Que danta ni que mis huevos, fue el ruido del camión del negro, que ya viene por la subida del quebrachal.

—Sacáte pues, el negro es bien guevón pa madrugar..

—Pos entonces será el Lalo, y peor tantito porque para él, no tenemos viaje todavía

—Ahí viene Pedro, pinche Pedro, no trai el agua.

—Yaa... pasáte el totopo, pues.

El campamento poco a poco, se había ido sumiendo en el silencio nuevamente, todos los miembros de “la parada”, después de prepararse con sus ganchos y fierros, habían to-

mado el camino de su tramo, algunos metros cañada arriba, donde los esperaba, rugiente y poderoso, el Caterpillar D-7, que iba desentrañando los caminos de la selva y espantando, con su ruido de potencia y tornillos flojos, a los pájaros, que nunca han comprendido que ese trueno, anunciara el fin de su status; algunos troceros, los viejos-viejos, dicen que no es que los espante el ruido, los pájaros se van para no volver jamás por la tristeza de ver morir a los árboles, uno por uno; los pájaros no son como los changos que se van, pero luego regresan a curiosear, se asoman y se vuelven a ir, no, los pájaros cuando se van del tramo, ya nunca regresan quizá presienten que algún día ¿a dónde irán?

Pedro, el papá del Chunco aunque tenía ya algunos años de haber llegado a la sierra de Chiapas, había nacido en el Estado de México, en un lugar plagado de aserraderos que se llama “El oro”; hijo y nieto de troceros, guardaba la esperanza de que su hijo también lo fuera, pues aunque sabía que ese oficio ya no era el mismo de antes, no se conformaba a que le pasara lo mismo que con su hijo mayor, Felipe, a quien por ruegos de su madre, desde muy chiquito lo mando a la escuela, y hoy anda el pobre recorriendo oficinas del gobierno, allá por Cintalapa, dando lástima con sus bracitos enclenques y su carita pálida, pide y pide chamba que nunca le dan;. ¡Nada pues, el Chunco iba ser como su padre, gente de monte, gente de maderal! pues así, aunque pobremente, no se muere uno de hambre.

—Y la madre.

—¿Qué, ya te llevás a holgazanear al mocoso este? no ves que tiene que ir a la escuela.

Y el padre:

—Dejá de joder, Chenta, el muchacho me ayuda... lo necesito.

Y la Chenta:

Pero ¿en qué te va a ayudar? si apenas tiene siete años y además mirálo está bien relingo.

Y Pedro (guiñándole el ojo el Chunco)

—Vos que sabés...

Y se iba con su padre, y se sentía orgulloso porque le había dicho que lo ayudaba en su trabajo pues ya era grande, si no, ¿por qué pues le había hecho esa seña con el ojo? a quien no acababa de comprender era a su madre que seguía necia con lo de la escuela... ¿acaso no entendía que a él le gustaba el corte, como a su padre? El caso es que ya arriba del camión ni modo que lo bajarán, el Chunco se sentía orgulloso con todos los señores que, como su padre, trabajaban en el trozo, oírlos siempre le daba risa y sus carcajadas se oían desacostumbradas en ese camión de hombres cabales, pero era que no podía ocultar su felicidad de saberse ya un hombre de trabajo: las continuas chacotas de los troceros lo hacían aún más feliz, pues aunque no las entendiera, ya las decían delante de él porque era uno de ellos; al Chunco lo trataban bien todos, cuando viajaban o cuando comían, pero llegando a la chamba, ni caso le hacían, todos calladitos, nada más sudando y dale que dale al fierro, hasta que el árbol empezaba a chillar como niño enfermo, entonces todos corrían hacia el lado bueno, donde sabían que no iba a caer, hasta que terminaban los chillidos del gigante y éste se caía despacio, despacio haciendo un ruido como de trueno, salpicando todo de astillas a su paso; cuando eso sucedía el mejor se escondía tras un ocote grande hasta que el ruido terminaba y se oyeran los gritos de los troceros que atacaban al moribundo igualito que los zopilotes hacen con los perros muertos, y empezaban a cortar donde decía “la vara” y ya que los trozos estaban listos, los juntaban con sus ganchos de “cinco negritos” para llevarlos al cargadero de

los camiones; su padre le había querido enseñar a manejar el gancho, pero todavía no podía, lo que sí sabía manejar, era el machete, y cuando no lo estaban utilizando, se lo daban para que chaporreara el carril, donde iban a correr los trozos.

—Orále Chunco, orá te tocá a vos, tomá el machete y cortá la breña... abusao nomás con las culebras.

—Oye Pedro —decía don Nica— no la fregués, apenas se aguanta el machete... se va a cortar una pata.

Y Pedro:

—No le pasa nada... tiene que aprende así, si no cómo. (y le guiñaba el ojo)

y el Chunco que había oído todo, se apresuraba a obedecer las órdenes del viejo trocero, y jalando del machete, filoso de tanto restregarlo en la piedra que su padre guardaba siempre en el bolsón, empezaba a cortar la hierba de donde le había dicho,... y cortaba y cortaba, dale que dale, hasta que el sudor ya no le dejaba ver... entonces paraba tantito, se limpiaba la cara y seguía, dale que dale, hasta que sentía que le faltaba el aire y le temblaban las canillas, y los brazos le pesaban como si fueran de fierro... entonces si volvía al oír:

—Qué pasá Chunco... ¿ya se te cansó el caballo?

Peráme tantito apá, nomás tomo resuello.

Y el viejo Pedro:

—Orá pues, pero tantito nomás porque el sol ya está bien alto y tenemos que lonchear.

—Bueno apá, pásame el pumpo apá, quiero agua.

Y le pasaba el calabazo y tomaba toda el agua que quería, y volvía al machete tratando de no sentir los alfilerazos de las ampollas en sus manos, y dale que dale y otra vez a parar tantito y nuevamente al trabajo, pues no quería que pensarán que no servía y lo volvieran a mandar a la escuela, a escuchar al “viejo cabrón” machacando siempre sobre

lo mismo, hasta que dejaba de prestar atención, y entonces soñaba... y soñaba en el bosque, con sus ocotes y sus pájaros, esos pájaros que con su pecho amarillo hacían sus nidos colgando de las ramas de los árboles y que se iban cuando llegaba el corte, para no volver jamás.

Y su padre:

—Orále Chunco, que Dios castiga, pero da de comer.

Y don Nica:

—Pinche Pedro, ya viste... mirále las manos al Chunco, que chinga le pegaste.

—A veeeeeer no pus sí, pero ni modo, sólo así sale el cayo (y lo veía con ojos orgullosos).

El viejo Pedro, sentía bien duro lo de las manos de su hijo menor, pero sabía que eso era pasajero y tenía que hacerlo fuerte, para que fuera un buen trocero, no un maricón como Felipe, con sus manitas blancas y suaves como de vieja, por no haber querido ir nunca con él; las manos duelen al principio por las ampollas, pero si se porta uno machito, en dos o tres días, ya no se siente nada, nomás era cosa de ponerle un poco de ocote y amárralas con un trapo húmedo eso hacía que se pusiera bien duro el pellejo y no volvería a doler. Por lo pronto, el Chunco ya no trabajó más ese día con el machete, sólo lo mandaron por agua, hasta el río; ir al río era algo que mucho le gustaba, porque iba solo, nomás jalando los calabazos de las paradas y solo acompañado por el cosquilleo en la panza, que la entraba cuando tenía miedo, y ahora, bien que lo sentía, no se le fuera a aparecer la Danta o el Andasolo, pues recordaba lo que había dicho el tío Nica, una noche antes de dormir:

Lástima que no estaban ustedes todavía por aquí, era cuando nos juntábamos con los michoacanos, esos que venían sólo en las secas, y un día, que veníamos todos caminando muy quitados de la pena, bajando de la Ro-

dulfo, rumbo al tramo, que oyimos un rugido bien fuerte que salía de entre las matas, y ¡¡izaz!!! Que va saliendo, así enfrentito, un animalote de esos que llaman anda-solos, con sus ojitos chiquitos pero bien rojos de la muina que parecían de lumbre y nos enseñaba sus colmillos con la trompota abierta y llena de baba mientras gruñía re-feo el condenado y nos miraba y miraba, sin moverse, así, agazapado, como con ganas de echársenos encima; nosotros nos quedamos quietecitos, así, sin hablar porque teníamos la lengua como de cartón, nomás cogiendo nuestros machetes con manos tembeleques, cuando de repente saltaron La Duquesa y El Nerón, esos perritos que siempre traía el “güevos de oro” y que creo que tú, Pedro, todavía conocistes; eran chiquitos pero bien inteligentes y bragados, y ¿qué creen...? Pues que a puro ladrillo y carreritas, se los fueron llevando lejos, hasta que desapareció, entonces nos agarró una risita que no paraba, y nos bur-lábamos unos de otros por las caras que teníamos, pues la verdad, todos estábamos zurrados de miedo.

Y el pobre chamaco seguía recordando la historia del viejo Nica, mientras se acercaba al río, jurando y perjurando que para el próximo viaje, se traería al “Picho”, ese perrito corriente y juguetón que le habían regalado de chiquito, pero mientras tanto, ni modo, había que seguir hacia el río, pues los señores necesitaban agua y le confiaron a él la tarea de llevarla, además no quería que su padre lo viera llegar sin ella pues se iba a poner serio y no le haría más guiños con los ojos, como cuando estaba contento. Ya cuando vio cerca el río se olvidó del miedo y salió corriendo para llenar los pumpos de agua limpia, y mientras estos se llenaban, se tiro al suelo descansando, a ver las nubes ¡Cómo le gustaban las nubes! y los zopilotes que volaban allá arriba como si estuvieran dormidos y otra vez las nubes con sus formas de ani-

males y dale con los zopilotes y el cielo azul azul y entonces soñó —¿soñó?— que era un pájaro con plumaje negro y amarillo, de esos que cuelgan sus nidos en las ramas, y que podía volar, volar tan alto como los zopilotes de las tardes, a quienes en gesto amistoso iba a despertar de su letargo aéreo, jugando con ellos, travieso y feliz y regresaba oyendo los zumbidos burlones del aire, mientras la selva, aparecía, allá abajo, en el suelo como manto de esmeralda; los ríos ya no eran solamente pequeños arroyos que desaguan los excedentes de la temporada de lluvias, ahora le parecían pequeños listones plateados que culebreaban a través de las cañadas, haciendo a su paso, juguetones saltos y cascadas que reflejaban la luz de la tarde; el sol explotaba su luz en el espacio soñoliento de la tarde y sus rayos calentaban la superficie de la selva, que continuaba pariendo las criaturas vivas que son nuestro entorno; más allá los tramos que nunca resucitan y la huida de los pájaros que no volverán jamás, ...solo ve el destrozo café y gris del derribo irracional, con la cara descarnada y triste de una muerte que avanza, y ante la desesperanza del Chunco-ave, que ahora comprende una fisionomía desconocida de la labor de su padre, escucha la voz de la naturaleza que le dice:

“Las almas de los hombres, como tú y tu padre, encarnarán en los cuerpos de las aves que no tendrán lugar donde vivir, y arrastrarán su tristeza y arrepentimiento para siempre”.

Y el ave aquella cae desde el cielo y ya no escucha al viento gritarle palabras amistosas al oído, ahora sólo ve, el manto del bosque que se acerca cada vez más, en vertiginosa rapidez, anunciándole una muerte espantosa ¡Chunco! Chunco ¿Dónde estás?

Y el pequeño Chunco despertó bien azorado sintiendo que el corazón se le salía por las orejas, mientras volteaba la cabeza a todas partes, buscando a su padre, con la mirada

aún espantada y ya cuando despertó de veras, lo vio, grande y fuerte como nunca antes lo había visto; por primera vez vio su rostro moreno, curtido por el sol, las cicatrices de sus brazos y manos, su gesto adusto y preocupado y corrió hacia él con ganas de contarle su sueño y sus preocupaciones... ¡decirle que se fueran! ¡que estaban haciendo mal!... que estaban matando a los amigos de los hombres y que los iban a castigar... pero al ver el guiño que su padre le hacía en gesto amistoso, únicamente se abrazó de sus piernas y pensó:

—Fue un mal sueño.

El tatuaje

Por qué llaman Cacahuatal a ese poblado de 300 habitantes, era algo que nunca nos pudieron explicar de cierto, pues en nuestras tierras, nadie sembraba cacahuate, ni el padre Antonio que a veces —muy pocas nos visitaba a darnos misa—, ni el diputado Murguía, que un día llegó para pedirnos que votáramos por él, pudieron sacarnos de la duda; únicamente don Petronilo Serrano, el viejo del pueblo, nos dijo en una ocasión, que se llamaba así por una hacienda que estuvo fincada muy cerca de Tezonapa, allá por los años anteriores a la Revolución, que se llamó El Reventón y que a veces sembraban un poco de cacahuate, pero con la bola fue destruido por un incendio provocado por las tropas del jefe carranclán Cándido Aguilar, y sus propietarios, unos señores Intriago, prefirieron abandonarla y poco a poco fue comida por la selva, quedando sólo como recuerdo esas ruinas con la viruela de las balas que todavía alcanzamos a ver desde lejos, pues cuentan que la finca esta embrujada y por ahí se aparecen los espantos de los fusilados. A lo mejor es cierto, pero ya nadie quiere creerle a don Petronilo, pues siempre anda con sus tragos.

La gente del lugar, ahora está dedicada a la siembra de la caña de azúcar, y no es que no nos guste, pero no nos dejan otra oportunidad, pues dice el supremo gobierno que nuestras parcelas están dentro de la zona de abastecimiento del ingenio El Potrero, y tenemos la obligación de sembrar

únicamente para ellos; cuentan los díceres de don Petronilo, que allá por el año de 1946, hubo unos compañeros que inconformes con las liquidaciones del Ingenio, quemaron las plantillas de sus tierras y sembraron maíz, pues tiene la ventaja de que esta semilla tenía buenos compradores y además los préstamos que daba el Banco Nacional del Crédito Agrícola, si se podía se pagaban, y si no, no, y además todo el dinero era para el campesino sin tener que repartirlo con nadie... pero no los dejaron; cuentan que les mandaron a los guardias blancas del ingenio y a la columna volante del capitán Agustín García, quienes les quemaron las siembras y a los que se opusieron los dejaron colgados de las ramas de los palos de mando que están a la orilla del camino, como escarmiento y para que se nos quitaran las ganas de ir contra las autoridades establecías.

Desde entonces, ya nadie se ha atrevido a sembrar otra cosa que caña de azúcar y son tantos los años que ya nos acostumbramos, pues por poco que recibamos, bien que nos alcanza para medio comer y que nuestros chamacos vayan a la escuela y todo eso. Ya sabemos que en tiempo de siembra, el propio ingenio manda a sus jefes de campo, con un montón de hombres y maquinas, para barbechar y voltear las tierras, preparándolas si es la primera siembra, y nos llevan inclusive la plantilla que sea más rendidora, o bien para limpiarlas y vigilar la soca, si es siembra vieja, y a nosotros, ni en cuenta nos toman, pero ya sabemos que en tiempo de liquidaciones, recibimos nuestros alcances, que nunca están de acuerdo con las entregas que hicimos en la zafra, pero que al final de cuentas no nos dejan morir de hambre. Además también tenemos los rendimientos que bien nos sirven para las fiestas de fin de año y la compra de los útiles para la escuela de los chamacos, que tienen que llevar por encargo del profesor Matías, (viejito regañón que

se encabrona si los chamacos se inscriben en las escuelas de Córdoba o San Lorenzo en lugar de la escolita del pueblo).

Bernardino Gallardo, era uno de esos jóvenes que había aprendido a leer y a escribir en la escuela Cantonal de Córdoba; todos lo recuerdan porque era güero, igual que lo había sido su padre, quien trabajó en el ingenio hasta el día de su muerte; al viejo don Berna lo mataron con un tiro de central por allá por la salida para Tezonapa, cuando volvía de ver una querida que tenía por el rumbo del cementerio; unos cuentan que la causa fue por celos, otros que fue por robarlo, pero la verdad nadie lo supo, lo cierto es que quedó bien muerto, con la cara llena de postas del cerro. Dicen que su cuerpo fue envuelto en un petate y llevado a Córdoba, con la judicial, y ya nunca volvió, ni siquiera para estrenar el sitio que sus amigos habían cavado para él, en el cementerio, a un ladito de las tumbas de sus antiguos.

Su hijo Bernardino, quien entonces tenía sólo catorce años, supo que el asesino era un viejo amigo de su padre que se llamaba Tirso Pelayo, y lo estuvo cazando con mucha paciencia, hasta que encontró la oportunidad de tomar venganza, y entonces lo mató en la misma forma que él había matado a don Berna, el viejo, dejando el cadáver en el campo para que se pudriera, con una sola nota donde se amenazaba a quien lo levantara; sólo se atrevieron hacerlo, los zopilotes que, con nota o sin ella, se dieron una comilona con los restos de don Tirso Pelayo; a partir de entonces, Bernardino se perdió en el monte y dicen quienes lo vieron que llevaba un diablo metido en el cuerpo y que hasta la mirada le había cambiado, y aunque todos tenían miedo de hablar de lo sucedido, se supo, y vinieron los judiciales del estado y lo encontraron en los cañales, donde vivía como conejo, y lo llevaron a la cárcel donde estuvo recluido un año completo, hasta que doña Catalina, su madre, y

su hermano Federico, vendieron una parcela que les había dejado su difunto padre, y con ese dinero lo sacaron y así Bernardino regresó trayendo como recuerdo un tatuaje de la virgen de Guadalupe a la altura del corazón, para que lo protegiera de sus enemigos.

Don Berna, el viejo, padre de Bernardino, en vida siempre se les veía juntos por las calles y veredas del pueblo, por eso todos estaban de acuerdo con lo hecho por el chamaco, sobre todo después de asistir a la comida que doña Cata había hecho para festejar su regreso, donde sobro el pipián de cerdo, las tortillas calientes, los frijoles negros refritos con chilito comapeño, los toritos de aguardiente de caña de todos los sabores y las cervezas de todas las marcas; las muchachas del pueblo, en edad de merecer le tiraban los perros, pero Bernardino se hacia el desentendido, pues dicen que ya tenía sus amores con una de ellas a quien conocía desde chamaco.

Por esos días, todos en el pueblo lo admiraban porque vengó a su padre y él, solamente se reía con su risa de diablo y seguía contando sus aventuras y más lo admiraban, porque en mi pueblo, es costumbre que los hijos venguen la muerte violenta de sus padres, y a quienes no lo hacen se les voltea la cara y se les tacha de cobardes, pues dicen que el alma del difunto no descansará mientras su asesino ande vivito y co-leando, y es más, si este se muere porque sí, o a manos de otra persona, el alma de la víctima penará por los siglos de los siglos. Por un tiempo, Bernardino estuvo tranquilo vigilando las siembras de su madre, pero poco a poco renació el odio que le sembraron los judiciales en la cárcel de Córdoba, donde, según contaba “me volaron los dientes delanteros a madrazos para que confesara, y como no lo hice, entonces, me guindaron del pescuezo con una cuerda bien gruesa, que pasaron a través de una viga del cuarto de castigos que está

en la azotea del palacio municipal, y que sirve para darle sus calentadas a los presos rejegos...”, pero ni así confesó su crimen y por eso pudo salir libre, bueno... por eso y por los centavos que dio su madre al agente del ministerio público.

No había pasado mucho tiempo, cuando empezaron a ver que a Bernardino lo trataban diferente los empleados del ingenio; sus liquidaciones eran las mejores y las más rápidas, las semillas que le daban eran las más chingonas y las que rendían más, y lo trataban siempre de “usted” aunque fuera todavía un chamaco; cuando iba al ingenio, siempre arreglaba sus broncas y hasta el gerente le hablaba con respeto. Pasó algún tiempo para que sus paisanos se dieran cuenta que ese respeto era por el miedo que despertaba su mirada, pues Bernardino ya traía el diablo de la maldad metido en el cuerpo. Dicen, los que lo conocieron, que a partir de entonces, decidió llevar sus pasos por el camino del delito, haciendo “trabajos” de muerte por encargo. Bernardino se casó con la hija de don Tirso Pelayo, y no obstante que tuvo dos hijos con ella, un varón igualito a él y una chamaquita, nunca se compuso, siguió con su vida de asesino y ladrón, y cuando su hija creció y tuvo sus amores con un muchacho estudiante de San Lorenzo, Bernardino lo mató y lo enterró quien sabe dónde, porque nunca volvieron a saber de él. Sólo yo, el hijo de aquella pareja frustrada, al pasar los años, logré conocer la verdad de boca de mi madre, pero ya no pude tomar venganza como era mi deber, porque a Bernardino, lo habían cazado los federales por la muerte encargada del secretario general del sindicato del ingenio y estando purgando una condena de dieciocho años en la cárcel de Perote, un compañero le partió el corazón con una punta de fierro que le clavó abajito del tatuaje de la virgen de Guadalupe, que en esta ocasión, por más que quiso, no lo pudo defender.

La conseja popular, esa vieja cuentera y dicharachera, nacida de la Filosofía popular de los lavaderos públicos y distribuida por el morbo y la ignorancia que existe en todos los niveles sociales, acaba de hacer un nuevo descubrimiento, que no por nuevo es menos interesante, ya que muy pronto, enriquecerá las crónicas más exigentes de nuestro Pueblo.

El milagro de las aguas

Dicen los observadores, que el agua que fluye en las fuentes de las ciudades, al principio de un sexenio de gobierno, es de un color azul trasparente, porque reflejan las sanas intenciones de los funcionarios públicos, que llegan con las ideas románticas de las campañas políticas, pero que, conforme pasa el tiempo, ese color se va enturbiando poco a poco, hasta llegar a ser tan incoloras, al final del sexenio, como el erario público después de terminado el “año de Hidalgo”, y esto —dicen—, es porque ya los ideales de los gobernantes se han ensuciado por seis años de lavar constantemente los postulados de la Revolución, con el dinero del pueblo, para que lleguen brillantes a las campañas políticas del partido oficial, y es por eso que el agua de las fuentes sale en esa época, más tristes e incoloras que las tardes del mes de agosto.

Sin embargo, hace unos días sucedió un acontecimiento que dejó perplejos a los filósofos pueblerinos: El agua de las fuentes, empezó a salir de un intenso color rojo, sin explicación posible:

—¿Qué diablos estaba sucediendo?

—¿Era acaso que el agua de las fuentes ya estaban recibiendo otros estímulos diferentes, posiblemente importados por el TLC.?

—¿O era tal vez una intromisión de Castro Ruz, que es el único que todavía cree en la justicia roja..?

—¿Serían por desventura los prolegómenos de los ríos de sangre, tan manoseados por nuestro Obispo Rojo de San Cristóbal?

Nadie podía dar una solución acertada y de hecho nadie supo si fue en Tuxtla, Comitán o San Cristóbal, donde se inició el rumor de que ese color de las aguas, era por el baño que un difunto desconocido, recibió de las Santas manos del líder del EZLN, a quien revivió, en esa forma, directamente de los fieles difuntos, poniéndolo en circulación, en este tiempo tan conflictivo de la Patria.

Marcos, líder máximo visible del EZLN, es una persona que por cubrirse siempre el rostro con un pasamontañas, hace de su identidad un gran misterio, lo que hasta cierto punto es una ventaja, pues así nos permite que, con las alas de la imaginación, lo ubiquemos como mejor nos plazca, y para los filósofos lugareños, Marcos es un sacerdote católico (o tal vez solamente un diácono, sacristán o monaguillo) que ha ofrecido su vida por la Teología de la Liberación, tan dignamente representada por el obispo rojo... aunque en eso de sacrificar su vida, no todos están de acuerdo, pues el mismo hecho de cubrirse el rostro, es signo de que pretende vivir muchos años, pues si las cosas se ponen feas, el enviará a los Indígenas, que fielmente lo siguen, a morir empuñando un rifle de madera, mientras él, tranquilamente, se quitará la máscara aquella, y se perderá en algún anonimato misterioso, preparado ex profeso por la dirigencia a la cuál obedece... pero en fin... por lo pronto, Marcos es un Santo Varón que —dicen—, recibe ayuda directamente de San Marcos, patrón de los chiapanecos y protector de Tuxtla... aunque eso de protector, ya se está poniendo también en duda, porque en los últimos años, nos ha ido de la patada.

Sin embargo, a pesar de todo lo anterior, Marcos nunca había realizado un milagro, bueno, un milagro en serio, porque él sabía que estaba preparado para hacer milagritos de esos pequeñitos, como lograr destituir al Secretario de Gobernación o al Gobernador del Estado, pero un milagro como ese de cambiar el color de las aguas.. no.. de eso nada.

Se dice que Marcos, transitaba en alguna ocasión por los caminos de la Patria —mientras disfrutaba de las delicias, poco autóctonas pero increíblemente sabrosas, sacadas de su pipa inglesa que envidiaría el más exigente lord, y cuyo olor a vainilla nos decía a las claras que el tabaco que se quemaba en su cazo, era el más puro Mapleton Canadiense, cuando uno de sus discípulos, de esos que en la antigüedad se dejaban comer por los leones, y que en nuestro tiempo se arrojan, con un rifle de madera a enfrentar al Ejército Mexicano, le mostró, en la espesura de la política, un cadáver con inicio de putrefacción, pero aún perfectamente identificable, que con su pelo largo, atado en una cola de caballo al más fino estilo hippie, sucio, porque así lo exigía su status, con una arracada en el lóbulo de la oreja izquierda, porque así lo exigían sus costumbres, una bolsa de manta con sus brillantes adornos aborígenes aún pendiente de su hombro, pantalón y chamarra de mezclilla decolorada artificialmente y en sus pies (que por cierto, lucían unas uñas de proporciones generosas), calzaba caítes recién adquiridos en el pariam de San Cristóbal, características que le decían a las claras, que se trataba, o de una mujer, cosa que desmentía los planos a sus formas, o bien de algún compañero gay de sus años mozos, pero al observarlo detenidamente, se dio cuenta que no, que ese difuntito era en realidad una prueba más que su santo patrono había dispuesto en su camino para probar su convicción teológica-libertaria, pues el cadáver aquel, a quien ahora reconocía plenamente, era la

representación de la más selecta élite de la "Inteligenzzia", ese grupo tan magnífico de pensadores mexicanos que en los años 50, se habían puesto de moda en esos cafetines de la zona rosa metropolitana, que nos recordaban los tugurios artificiales que el Departamento de Turismo Francés, enclavo en el Barrio de Montmartre en París, como un monumento a la memoria del existencialismo de Sartrè, y que a México fue traído por nuestro mariachi deportado Jorge Isaac Saldaña, hoy tan extrañado por los cursis televidentes del canal 13.

El hombre aquel, había fallecido debido a la tristeza causada por los descalabros ocasionados por Gorbachov a la doctrina que era su *modus vivendi*, ya que al demostrarse la falacia de una teoría que hoy sólo se encuentra en los libros de filosofía, como resumen de un pensamiento equivocado que nunca supo descifrar al hombre como realmente es, y que ha dejado, como herencia trágica, un país sumido en la pobreza de más de medio siglo de errores, a un nieto, famélico y desnutrido que clama su injusticia mientras baña sus barbas, —ya escasas y canosas— en las hermosas playas del mar Caribe, y a ese grupo, que prefirió la muerte, antes que reconocer, su triste y criminal equivocación.

Pero —pensó Marcos ante tan triste espectáculo— ¿como vamos a permitir la desaparición de nuestros cultos "maestros", aquellos que han derrochado su sabiduría entre sus discípulos, mientras degustaban un buen café —siempre invitado por algún estudiante sediento de ideales— en la penumbra de una fonda, que era la escenografía ideal donde verter su docta palabra, que llevaba el mensaje de salvación de éste mundo asqueroso y capitalista, donde solo los que trabajaban duro tenían derecho a participar de la riqueza...?, ¿y los demás, qué? ¿Cómo era posible dejar perder a esa clase privilegiada que usaba su cerebro mientras dejaba que sus

nalgas se ampollaran heroicamente en las sillas quejumbrosas de los cafés, sacrificándose en aras de la ‘verdad’? ¿Cómo dejar morir a los únicos defensores de la clase humilde que levantando el brazo izquierdo con el puño cerrado, iban por las calles, deteniendo el tránsito de las personas ocupadas, mientras sus aperos de labranza se cubrían de oxido, abandonados tristemente en el campo? ¿Quién, si no ellos, elevarán su voz, mientras lucen su barba descuidada entretejida en los pocos botones de una camisa decolorada y sucia, en los programas de la televisión amarillista, mientras lo permiten esos comerciales de productos espurios provenientes del capitalismo yanqui?

No, de ninguna manera podría permitir Marcos tal injusticia, y dejando descansar la pipa inglesa en la forniture que cruzaba su pecho, sacrificando así su imagen cubierta de humo que tanto le favoreciera, saco un crucifijo de plata de su bolsa Pierre Cardín y llevando el cadáver hasta al río cercano, lo baño cuidadosamente, no sin antes bendecir el agua con sus santas manos, y cuál sería su sorpresa al ver, que el agua que bañaba el cadáver aquel, aún inerte y frío, cambiaban su color triste, por el ardiente color rojo que salía milagrosamente de aquel cuerpo curando sus llagas, cerrando sus heridas, desapareciendo la palidez que lo cubría y poco a poco, aquel corazón que había dejado de latir, empezó nuevamente a vibrar con una nueva esperanza; fue entonces cuando Marcos supo que había realizado el milagro más grande de su vida y levantando la mano derecha, mientras la izquierda descansaba suavemente en la frente del resucitado, dejó escapar aquellas palabras que más que oración parecía una orden:

¡Lázaro. levántate y anda!

Y Cuauhtémoc se levantó. Y ya era el primero de enero de mil novecientos noventa y cuatro.

Venían corriendo los años cincuenta, México se debatía entre el post militarismo heredado de la Revolución y sus continuas consecuencias, y el civilismo abanderado por el presidente Alemán, que estaba dejando un aporte muy importante a la industrialización del país, y un inicio de corrupción del que todavía no podemos desprendernos; la sociedad del DF, venía abandonando los viejos moldes y adaptándose a una nueva era de elitismo económico, donde los capitales, principalmente los mal habidos y las influencias políticas, marcaban el principio de una nueva vida. Los nuevos millonarios, políticos, contratistas de gobierno, amigos influyentes, se regodeaban en su nuevo status, pero al mismo tiempo, para congraciarse con quienes creían en el crecimiento social, ya desde entonces tan cacareado, se presentaban públicamente como hombres de bien, para lo cual, se inscribían en los diferentes clubes de servicio (Rotary, Leones) que les daban la pantalla necesaria para ocultar los verdaderos y oscuros manejos de sus propios intereses.

La ponencia

Era un día precioso de finales de febrero, el sol de un invierno agonizante, no alcanzaba a calentar la ruta del sur del Altiplano mexicano, que se iniciaba en la autopista DF-Cuernavaca, por donde transitaban a velocidad no permitida, ciudadanos comunes y corrientes (pero absolutamente disimuladas para los automóviles que lucían su placa-chica), un enorme y lujoso carro de procedencia norteamericana, en cuyo interior iban cómodamente sentados, un hombre de edad madura sin ser viejo, grueso sin llegar a gordo, calvo pero no tanto, que vestía una llamativa ropa deportiva y ocupaba el asiento derecho delantero del auto-

móvil, en su pecho, exactamente a la altura del corazón, llevaba prendido un pequeño emblema que simulaba una rueda dentada y que a todas luces anunciaba el material legítimo de que estaba hecho, y el centro, destellando a cada momento, un pequeño brillante nos hablaba de la posición económica de su dueño; es por demás oficioso comentar que ese hombre era el más importante de los tres ocupantes, tanto por su modo de hablar cuando relataba (que era casi todo el tiempo) sus aventuras financieras, como cuando reprendía al joven conductor del vehículo, quien vestía una indumentaria muy de boga en su época, pantalón vaquero, camisa de cuadros y en el respaldo del asiento, entre los ocupantes, se veía una chamarra de cuero negro y múltiples sierres de procedencia indudablemente americana. El peinado a la James Dean bordeada su rostro juvenil y una sonrisa irónica jugueteaba constantemente en la comisura de su boca, por la que salían frases burlonas dirigidas a su compañero, quien indiscutiblemente era su padre y al acompañante que ocupaba el asiento trasero, donde escondía su fastidio por la conversación tras un rostro de sueño mal reprimido. Las llantas, propulsadas por un motor de ocho cilindros, rechinaban al tomar las curvas de subida a una velocidad inmoderada, lo que ocasionaba la sonrisa del chofer y las reprimendas constantes de un padre desesperado que no sabía cómo educarlo.

—¡Con un demonio, Charlie!, cuántas veces te he de decir que manejes con cuidado, parece mentira que después de tantos años de manejar, porque no puedes negar que desde chamaco siempre te he puesto los mejores maestros, todavía no aprendes a mover un coche.

—Yaaa, pa, que sea menos, si sólo voy a ciento veinte.

—¿Y te parece poco?, desde cuando ciento veinte es velocidad para manejar en curvas icaramba con estos mocosos! todavía no saben ni dónde tienen... la cabeza y ya se

creen hombres hechos y derechos con permiso de opinar y decidir lo que les venga en gana.

El poderoso automóvil continuaba su veloz subida dejando a su paso las marcas de las llantas y los rostros asustados de los indígenas que veían pasar la máquina sin comprender el porqué de tanta irresponsabilidad, la zona de la autopista está constantemente habitada por personas que buscan su diario sustento con la venta de algunas artesanías y tratan de comerciar con alimentos que se venden en pequeños comedores, hechos de madera, que son muy visitados por las personas que transitan por ahí; algunos, aun cuando tienen sus parcelas a los lados del camino, prefieren salir a trabajar en el paso de los turistas sirviendo de primer plano a un paisaje exuberante que tiene como fondo increíble las montañas nevadas del altiplano, el Popocatépetl y el Ixtlacíhuatl, que en ese momento refulgían como con luz propia.

Pero todo ese paisaje poco importaba al elegante contrastista, quién continuaba tratando de hacer que su hijo comprendiera sus razonamientos de hombre maduro, sin pesar que eso no era posible que lo transmitiera en sólo unos minutos, o quizá lo que pretendía, era que su amigo, el tercer ocupante del auto, aprobara sus esfuerzos por una paternidad responsable.

Es increíble, Enrique, los esfuerzos que los padres debemos de hacer para que nos comprendan estos cabeza dura de los hijos, por eso lo traigo conmigo a esta reunión de rotarios, a ver si escuchando a tantos magníficos oradores, le entra un poquito de responsabilidad y amor a sus semejantes.

—Yaaa pa, nomás eso me faltaba, a poco ahora quieres que quiera a todos nada más porque son “mis semejantes”?

—¡Claro que lo quiero! a todos, porque somos hermanos en esta vida.

— ¿Hasta los indios, jefe?

—A ellos más que ninguno, pues son los representantes de nuestras raíces.

—Yaaa que sea menos, no se te olvide que aunque todos somos del mismo barro, no es lo mismo bacín que jarro.

—Mira nada más. ¡Qué bonito! ¿Me puedes decir dónde aprendiste esa majadería?

—De mi abue que en paz descanse.

—¡Mentira! mi madre jamás se expresó así de los indios.

—Yaa pa que va a decir el doc.

—Nooo, por mí no se preocupen —tercio el otro ocupante, mientras cambiaba de posición en el asiento trasero— después de todo Carlitos es todavía muy joven para entender esto.

—Joven... qué joven ni que nada, lo que pasa es que es un irresponsable, no sé de dónde ha sacado esa manera de pensar, pues en mi casa siempre hemos tenido un absoluto respeto a las clases proletarias del país. Recuerdo cuando el señor presidente...

—“Te encargo un fideicomiso de varios millones de pesos, para elevar la cultura de los pinches indios de la sierra mixteca”

—se burla el joven— ya van como mil veces que no los cuentas.

—Mira Carlos —el padre estaba realmente disgustado— que sea la última vez que tratas de burlarte de tu padre, esto no se lo permito a nadie.

—Ta bien pá.

—Y aunque digas que ya van cien veces...

—Mil.

—... que platico de esto—, el padre deja pasar la burla— debes de estar orgulloso que el señor presidente se haya fijado en mí, para una misión tan delicada, y que yo la haya desempeñado con mi honradez característica...

—Hummmm.

—... y mis deseos de servir a mis hermanos indígenas que siempre han merecido todo mi respeto.

—Vamos Carlos —terció el doc Enrique—, Carlitos no ha querido ofenderte, estoy seguro que él está orgulloso de su padre, o ¿no es así Charlie?

—Claro viejo, si estoy bromeando, hombre.

—Más te vale, pero una cosa si te quiero decir, nunca vuelvas a hablar así de los indios, porque me pones de malas, bacín que jarro... bah.

—Bueno Carlos, y a todo esto, no me has platicado de qué vas a hablar en esa convención —se notaba la intención del doctor de cambiar la conversación— porque vas a hablar ¿no?

—Nooo, si no es una convención, es simplemente un foro de nuestra avenida de interés público, y traigo una ponencia sobre el acercamiento rural-urbano, que me inspiró precisamente aquel trabajo del que hablábamos, que desempeñé en el sexenio pasado, en las zonas indígenas de la sierra mixteca, en Oaxaca, donde pude constatar la miseria tan grande en que viven nuestros indios y la poca respuesta de nuestros gobiernos a sus problemas, sin contar con el poco interés que tienen algunos —aquí don Carlos se volvió directamente a su hijo— por esa raza, que debe ser tan venerada por nosotros.

—Pinches indios.

—¿Qué cosa dices ¡A ti te hablo mentecato!

—Yooo, nada pues.

—Nada pues cuidado ¡CUIDADOO!

El automóvil había tomado una curva, las llantas lanzaban un chirrido penetrante mientras la inercia hacia que sus ocupantes se fueran bruscamente hacia delante, un golpe brusco se había escuchado, alcanzando a ver la figura de un hombre volando por los aires.

Charlie logró por fin dominar la poderosa máquina parándose de cualquier forma en la cinta asfáltica... el primero en

bajar fue don Carlos, seguido por su hijo que lucía una palidez cadavérica; el doctor bajaba lentamente del auto, atrás, a una distancia de varios metros, yacía la figura de un hombre, indígena, en un charco de sangre revolviéndose en grotescas convulsiones y a su lado, una mujer, indígena también, llevando en brazos a una criatura que no paraba de llorar, y a quien cubría del frío matinal con un rebozo, la que gritaba el nombre del atropellado, en medio de lágrimas de impotencia.

—¡Narciso! ¡Narciso!

—Rápido Enrique, tu eres médico, ve qué tiene, ¡por Dios!

Enrique rápidamente ausculta al herido con manos ágiles, sus movimientos dicen a las clases que es un profesional; después de revisarlo detenidamente, se levanta y se vuelve a sus acompañantes para decirles.

—Está muy grave... conmoción cerebral con posible fractura de cráneo, sin poder afirmarlo todavía, fractura de pelvis y fémur derecho que ha lesionado la arteria femoral, con posible estallamiento de vísceras.

—Pero... ¡no dios mío... eso es imposible!... pero va a vivir ¿verdad?

No se puede morir —la desesperación de Charlie es auténtica... yo no lo pude matar.

—Vamos hijo, ten calma... Enrique, ¿qué debemos hacer?

—Pues por lo pronto llevarlo a una clínica, aquí no puede hacerse nada.

—Pero... ¿te das cuenta?, si lo subimos en el coche y se nos muere en el camino, tendremos muchos problemas con las autoridades y... tú sabes... la prensa.

—Pero papá... ¡no lo podemos dejar aquí...! ¡se va a morir y yo soy el culpable!

—Vamos hijo, eso no es cierto, un accidente cualquiera lo tiene, mira, vamos a hacer esto... le dejaremos dinero suficiente a la muchacha y llegando a Cuernavaca mandaremos una ambu...

—¡No... no papá!, no podemos dejarlo morir... es un ser humano... ¡acuérdate! tú mismo me lo acabas de decir.

—Vamos, vamos Charlie, no te pongas histérico, sólo es ... y con el dinero que vamos a dejarle tendrá suficiente para vivir mejor que hasta ahora ¿tú qué dices Enrique?

—Creo que es lo más inteligente, de cualquier forma, aquí no puede hacerse nada.

—Señora... nos vamos a ir porque le vamos a mandar una ambulancia para que lo lleve a Cuernav...

—No me deje señor... por Diosito Santo no me deje a mi Narciso, se va a morir.

—Vamos, vamos señora, nadie se va a morir, vea usted, aquí el señor —señalaba a Enrique— es un médico muy famoso y dice que sólo tiene algunos golpes, pero que va a sanar.

¡Pero oiga como hace!... ¡si se está muriendo!

—Estamos perdiendo el tiempo, nos vamos para traer la ambulancia, tenga aquí le dejo dinero suficiente para los gastos.

—Pero señor... de qué me sirve su dinero si mi Narciso se me muere, ¡por favor, no se vaya! ¡no dejemos aquí a este hombre, se va a morir!

—Anda, súbete al carro, que ya se están juntando los viajeros.

—¡Vamos, caramba! Que me van a reconocer... ¡Enrique, súbete!

En medio de los llantos de Charlie, que por primera vez en su vida, se encontraba con una desgracia personal, los tres suben al auto, que ahora, manejado por el padre, toma rumbo nuevamente a Cuernavaca donde lo esperan sus amigos, para escuchar la ponencia preparada con días de anticipación, sobre la igualdad de los hombres y el compromiso que tenemos todos, con las clases más necesitadas de nuestro planeta.

La muerte llega dos veces

(Segundo monólogo)

La muerte

Capítulo I

Después del trabajo que tuve en Chiapas, durante la guerra de los mapaches y sus antecedentes, donde la gente se moría a montones sin orden y sin excusa, las cosas en mi departamento quedaron verdaderamente trastornadas, pues ni yo, ni nadie de mis ayudantes, lográbamos establecer un programa de trabajo que nos permitiera trazar el camino de lo que debíamos hacer en lo futuro, y eso, en una profesión como la mía, es verdaderamente perjudicial, ya que podemos recoger almas a quienes todavía no les corresponde ir a rendir cuentas, o bien al revés, dejamos algunas desempeñando sus labores mundanas, sin ningún obstáculo, cuando a ellos ya les corresponde acompañarnos. Claro que decidir sobre esto, no nos incumbe a nosotros, como lo vamos a ver más adelante, pero sí es nuestra obligación, presentar la forma de lo que proponemos será nuestra actuación los próximos quinientos años.

La gente cree que yo soy la única que trabajo en esto, y algunos crédulos piensan además que soy la culpable de todo lo que sucede y que siempre ando por los caminos de Dios, viendo nada más a quien perjudico, pero la verdad que están

muy equivocados, ni soy la única que ando desempeñando éstas tareas, ni tampoco pretendo perjudicar ni beneficiar a nadie, pues esa decisión le corresponde al jefe, quien me ordena qué debo hacer, cuando se trata de alguien que ha vivido en mi jurisdicción de la cuál no debemos salirnos nunca, y solo a veces, muy pocas veces, nos permite que opinemos sobre alguna persona, ya sea que debamos adelantarle sus vísperas o bien dejarlos para que cumplan con alguna comisión o promesa que se les haya encomendado; pero eso de que podamos intervenir en las vidas —o muertes— de la gente, no, de eso nada.

Cuando llegan algunas catástrofes, plagas o guerras, entonces nos mandan unos ayudantes, porque el trabajo se intensifica y no nos daríamos abasto, por mucho que quisiéramos ser cumplidas, pero ya con la ayuda nueva, bien que logramos llevar las cuentas al corriente y responderle al jefe, como a él le gusta, aunque a veces, muy pocas lo confieso, nos equivocamos y damos cada metida de pata que Dios guarde la hora; en esos casos nos vienen castigos que van desde trescientos sesenta y cinco días, hasta cien mil días de suspensión sin goce de sueldo, como le pasó a aquella compañera que la invitaron a subir a un árbol del que sólo se podía bajar con la autorización de su dueño, y ésta ton-tuela se subió y ahí la dejaron durante muchos años, con las consecuencias que son fáciles de imaginar, pues nadie podía morir y el mundo se llenaba cada día de más y más personas, y ya no alcanzaban los alimentos que ellos mismos producían; bueno, pues a aquella compañera le pusieron un castigo bárbaro, que todavía no acaba de pagar.

También hay otras compañeras con castigos menores y algunas que alcanzan inclusive la conmutación de la pena por otras comisiones menores, aunque muy desagradables,

como irse algunos fines de semana a espantar crédulos a los castillos de Escocia y Tasmania y a veces, cuando el delito es menor, a las haciendas abandonadas del Estado de México, o a los conventos en ruinas del estado de Chiapas. También existe un castigo, pero ese lo tienen reservado a las delinquentes de cuello blanco, es decir que están bien paradas con el jefe, que consiste en espantar en hoteles de cinco estrellas, que antes fueron conventos o cuarteles como los que existen en el estado de Oaxaca y en San Cristóbal de Las Casas, pero esos, más que castigos, parecen premios, pues cuentan —quienes han ido— que pasan unas vacaciones increíbles entre centros nocturnos, albercas, bar con vinos importados y todo lo que el huésped necesite.

Pero volvamos a lo mío, yo tengo algunos siglos de estar al frente de la jurisdicción del estado de Chiapas., incluyendo el Soconusco y la parte norte del Estado, ésta última me la dieron apenas en el año de 1994, porque pensaron que las determinaciones de Marcos y su comandante el Obispo Rojo, iban en serio, pero la verdad es que, hasta ahorita, nos han dejado descansar cómodamente, pues ya con la retirada del ejército mexicano y la atención que le están dispensando a la zona muchos gobiernos del mundo, bueno creo que hasta el mexicano, las enfermedades y nosotras su correlativo, han ido disminuyendo, a tal grado que esperamos que en poco tiempo, subamos a clasificación P-verde, es decir de poca intensidad.

Pero no crean que soy una floja que se la pasa descansando en sus laureles, tengo bastante chamba que desempeñar y el hecho de que ya tenga yo tantos años al frente de este departamento, es señal de que lo he trabajado con toda eficiencia, no sólo en los últimos años, donde todo es miel sobre hojuelas, sino en los años pasados, cuando no exis-

tían caminos que comunicaran a los diferentes poblados del estado, y donde los indígenas, para ver a un médico, tenían que transitar decenas y a veces cientos de leguas, llevando a sus enfermos en carretas y a veces hasta a memes, y la mayoría de los casos era esfuerzo inútil, pues de repente, nos llegaba la orden de levantar el alma del enfermo aquel, antes de que llegaran a su destino, y ni modo, teníamos que obedecer sin discusión, aunque a veces, sobre todo cuando se trataba de niños, nos remordiera la conciencia... porque han de saber, que nosotras también la tenemos y también tenemos sentimientos, por eso siempre le hemos agradecido a Macario, que compartiera su guajolote con una de nosotras, no obstante haberlo negado a Dios y al Diablo.

Pero no nos desviemos, y vayamos a conocer una familia de principios de siglo con quienes tuve la necesidad de trabajar.

Capítulo II

El padre, un jornalero con ascendencia zoque, de nombre Nemesio Rueda, quien trabajaba desde muy niño como ayudante de su tío Joaquín Rueda, que tenía un hato de seis mulas, con las que trabajaba como arriero en la zona de la Tigrilla, trayendo sacos de café o de maíz a los beneficios que en Tuxtla tenía la Casa Farrera o los Hermanos Figueroa, desde las bodegas propiedad de la familia Orantes que manejaban desde sus oficinas instaladas en Jaltenango y la Tigrilla, donde adquirían las cosechas íntegras de los indígenas de la zona. Con lo poco que ganaba Nemesio —quien siempre soñó con tener su propio negocio de arriero— logró juntarse con una joven de nombre Clarita Consospó, a quien conoció en la propia casa de los padres de la chamaca,

que vivían a orillas del camino real que llevaba de Tuxtla a América Libre, y que era el camino obligado de las bestias con las que Nemesio trabajaba, y quien al pasar, siempre le decía algo con la mirada que hacía que la joven Clarita se pusiera bien encarnada y le ganara la risa, y las primeras veces, se metía corriendo a su casa, pero poco a poco empezó a darse valor y ya le decía “adiós”, y Nemesio contestaba, hasta que un día de descanso obligatorio, ambos coincidieron en el río Santo Domingo y por primera vez se hablaron, y poco a poco, la confianza empezó a crecer entre ellos, hasta que se perdieron en las márgenes de ese propio río y la pequeña Clarita se dio cuenta, al poco tiempo, que estaba embarazada.

Cuando Nemesio supo el problema por el que pasaba su querida Clarita, y al no tener dinero para hacer una boda en toda forma, como lo hubieran requerido los suegros, le propuso que se juyeran, y así nació una nueva familia, en el poblado de Narciso Mendoza, que a la vuelta de los años, se vio aumentada con tres hijas —Josefina, la mayor; Lupita a quien todos conocían como *La Negra* y la menor Clara Luz, a quien su padre siempre le dijo *La Pichita* y un barraco a quien por nombre le pusieron Nemesio Rueda Consospó y que fue el segundo parto de Clarita.

Eran los tiempos difíciles de las diferencias entre coletos y tuxtlecos, mientras en el centro de la República se iniciaban los primeros pasos de la Revolución Mexicana y los coletos recibían con gusto la llegada al poder de don Francisco I. Madero quien —pensaban— iba a apoyar la residencia de los poderes del estado en esa ciudad, pero al paso del tiempo y con la llegada de Carranza, a la primera Magistratura de la República, envía a Tuxtla al General Agustín Castro y al famoso batallón 21, para poner el or-

den en el estado, lo que hace que reviva el mapachismo, en contra de las arbitrariedades de el ejército del centro y de las medidas sociales, políticas y económicas, entre ellas la Ley de Mozos, que reconocía los derechos de los obreros y que perjudicaba a los finqueros, quienes, acompañados de los administradores, capataces y mandadores de fincas, se levantan en armas, en contra del Gobierno Constitucionalista firmando el Plan de Canguí que originalmente tendría como principios “hacer respetar la soberanía del estado de Chiapas y el derecho a la dignidad de la familia Chiapaneca”

Muchos piensan que en Chiapas, nunca tuvimos una verdadera Revolución, como los estados del norte y centro del país, pero nosotras que tuvimos que levantar las almas de todos los sacrificados, podemos afirmar que murieron muchos, y la mayor parte inocentes, de ambos bandos a tal grado que tuvieron que enviarme refuerzos, como ya lo dije al principio. Los nuevos mapachistas, en base a guerra de guerrillas y traslados rápidos y sorpresivos, trajeron en jaque a los ejércitos enemigos, que no se esperaban una reacción así, y entre triunfos de lado y lado, y sobre todo, derrotas sustanciales que si no fueron determinantes por el sistema de guerrillas utilizado, si sacrificaron muchos mexicanos a quienes tuvimos que adelantar la fecha de la rendición de cuentas ante el mero jefe.

En medio de esta guerra, los hermanos Rueda, Nemesio, Felipe e Ignacio, decidieron unirse a la mapachada, pensando que la paga que les ofrecieran los finqueros, iba a sacarlos de la pobreza en que vivían (paga que nunca o casi nunca les llegó) y por lo que toca a Nemesio, al fin —pensó— podría realizar el sueño de su vida, de contar con un hato de bestias que lo independizaran del tío Joaquín, que poco a poco, se iba convirtiendo en un anciano insoportable.

Los Rueda —así los conocían los Mapaches— empezaron con temor en sus primeras intervenciones, pero con el tiempo, los tres se fueron haciendo más y más intrépidos, hasta que una noche, cálida y húmeda, en el rancho El Caracol del municipio de La Concordia, cayeron valientemente en una refriega contra las huestes de Fidelio León, que en esa ocasión se levantó con la victoria.

Ya había yo recibido la orden de llevarme a los tres Rueda, que se desangraban heridos en el campo de batalla, en medio de una lluvia pertinaz, y rodeados de cadáveres de sus compañeros que estaban siendo levantados por mis ayudantes, que desgraciadamente no se daban abasto, cuando recibí la contraorden de que a Nemesio lo devolviera a la vida, pues el jefe le reconocía alguna buena obra y había decidido darle una segunda oportunidad, para que cumpliera su deseo de tener su propio negocio de arriero, así que a ese no me lo pude llevar y lo dejé, sólo que antes tuve que desviar el tiro que tenía en su cabeza y dejarle un solo rozón, pues la primera bala, decididamente era mortal.

Dos años después de esto, con la salida del ejército de G. Gonzáles de la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, se dieron los primeros pasos para dar por terminada la guerra de los Mapaches en Chiapas, que dejó al estado en un estado de destrucción que habría de costar muchos años repararla, pero eso es harina de otro costal.

Capítulo III

Tuve necesidad de cuidar al herido pues después que despertó de la inconciencia que le produjo el balazo, se levantó sin saber ni donde estaba, y hubo necesidad de que lo encaminara donde lo esperaban sus compañeros de armas,

donde llegó con los bolsillos llenos de monedas de oro que fue recogiendo de todos los muertos que encontraba en el camino, fueran mapaches o pelones y así lo dejé en la finca La Esperanza, donde estaban curando a los heridos y enterrando a los muertos para que no apestaran.

Ya sus compañeros, habían partido del lugar y sólo dejaron a una cuadrilla de zapadores, quienes tuvieron, la misión de enterrar a todos los compañeros muertos en la refriega, y nosotras tuvimos que acompañarlos pues habían muchos que todavía se nos escondían y querían pasar por muertos, cuando todavía estaban vivos, y así desertar de las filas, creyendo se salvarían también de la muerte.

Nemesio había conseguido un permiso de acompañar a los zapadores, para darle cristiana sepultura a sus hermanos, a quienes encontramos en la parte alta de la cañada, donde habían caído valientemente y sus cuerpos ya estaban deformados por los zopilotes que pululaban por todo el campo, sin embargo Nemesio los reconoció, y con todo el dolor que sentía, los enterró ahí mismo, donde cayeron los tres la noche anterior.

Fue después de rezarles un rosario para ayudar a la salvación de su alma, que Nemesio recogió su arma y se encaminó a su casa, que había quedado muchas leguas atrás.

Lo vi llegar a su casa, días después, y reencontrarse con sus hijos y su mujer, que le había sido fiel en todo el tiempo que duró la bola, y junto con su hijo Nemesio, se fueron a comprar las mulas al rancho de Don Miguel Aguilar, en Berriozábal, pagándolas con monedas relucientes de puro oro, y así iniciaron el negocio de arrieros que tanto quería el viejo Nemesio.

Así fueron pasando los años, hasta que una noche recibí la orden de hacerle una segunda visita y ahora sí, sin excusa ni pretexto, llevarlo a descansar al lugar que le correspondía

y donde lo esperaban sus hermanos desde hace ya mucho tiempo. Por ahí se quedó solo el bueno de Nemesio, el joven, que ya de joven no tenía nada pues los años en el camino habían cobrado su cuota y ya se le marcaban profusamente en el rostro, pero... yo no tenía aún ninguna orden, y lo dejé vivir todavía muchos años.

La memoria del camino

C aray doctorcito, vos sabés tantas cosas de mi persona, que a veces ya me da pena contestar tus preguntas, porque se me hace que me vacilás no más, pero no importa, si querés que te diga mi nombre de pila otra vez, pus te lo digo, y ya; ta'bien que se me olviden algunas cosas pero onde vas'te a creer que no me lo acuerde de cómo me llamo: soy Nemesio Rueda Consospó y aunque nací en un pueblito bien alejado, como a cinco leguas de Tuxtla, yo me siento mero conejo ¿qué cuándo jué que nací? hace ya muchos años, creo que ochenta o noventa y tantos, figurece uste sino, que todavía recuerdo allá entre sueños las guerras de coletos y tuxtlecos, los gritos de la gente cuando se estableció esa Ley que ayudaba a los trabajadores en contra de los patrones abusivos, que trajo ese General Castro de apelativo, que por voluntad del Señor Presidente vino a ser Gobernador del Estado, apoyado por una bola de soldados de juera a quienes conocíamos como *El 21*, y que vino dizque a poner la paz en todo el estado y onde voy a olvidar el levantamiento de la indiada y los dueños de fincas que no aceptaron que unos pinches nor-teños se vinieran a meter en nuestros asuntos. ¿Qué por qué recuerdo todo esto? pus verá usté, desde que se me jué mi memoria se me olvida lo que me pasó hace poco tiempo, uno o dos meses, y a veces también lo que hice o dejé de hacer hace unos minutos, pero lo que me pasó cuando era

yo mero picho, eso sí lo tengo como pegado fuertemente a mi pensamiento, verá usted, si esa es su voluntad, le sigo contando historias de mi vida, como la vez pasada ¿si quiere? Pus ay le voy... mi tata y mis tíos, se jueron a la bola con el coronel Macías, y anduvieron con la mapachada durante tres años, y en ese tiempo, mis hermanas y yo tuvimos que trabajar en lo que se pudo para llevar algo de comer a mi casa, y de veras que la pasamos jodida. Mi hermana Josefina, la mayor, se vino a Tuxtla destinada con una familia rica que le pagaba diez centavos diarios y la comida por hacer la limpieza de la casa y lo que se ofreciera... las otras dos, la Negrita y la Pichita, se quedaron ayudando a mi mamá y yo me fui al monte a cortar leña que me compraba don Evaristo Mejía para sus hornos de ladrillos, y me ganaba a veces hasta cinco centavos por brazada, y con eso bien que la fuimos pasando mientras esperábamos que llegara mi padre, del que nunca tuvimos noticias hasta que llegó, más flaco que un coyote, pero con algunas monedas de oro, que nos sirvieron para iniciar nuestro negocio de arrieros, y mientras viajábamos por el monte llevando las cargas en nuestras mulas, mi padre me platicaba todo lo que había pasado en la guerra, y como llegadito con sus dos hermanos, mi Padrino Felipe y el tío Tacho, los dieron de alta y los mandaron al batallón de los remisos, donde les dieron unos rifles nuevecitos 30-30, que hacía poco habían llegado de parte de los finqueros y los anotaron en su registro como “Los Ruedas” y así los conocieron todos hasta el final, y poco a poco jueron conociendo a sus compañeros, y también algunos finqueros que eran los que llevaban las reses en canal para que comieran, pus bien a bien, casi nunca recibieron la paga que les prometieron cuando llegaron, y aluego me platicaba de las caminatas de noche, a caite

duro, para hacerles sus emboscadas a los pelones, y como morían de los dos lados muchos paisanos bueno, paisanos los nuestros pus ellos saber de onde traían a sus combatientes, pero de todos modos se morían por montones. Y aluego, con pedacitos de voz, me contó cuando mataron a mis tíos en una refriega cerca de la Concordia y a él le pegaron un tiro de rozón en la mera choya, y también lo dieron por muerto a mí me gustaba oírlo pero sentía feo porque sabía de su tristeza de ver morir a sus hermanos en un solo día, y como el miedo se enfurruñaba en su garganta y no le dejaba ni gritar su dolor, y aluego la negrura de la muerte cuando cayó herido también y ya no supo nada, hasta que despertó lleno de sangre y todo mojado por la lluvia de un tremendo porrazo que les cayó esa noche, y el dolor de tener que levantarse y abandonar a sus hermanos muertos, que ahí se quedaron todos tiesos y llenos de una costra café que les cubría todo el cuerpo, y a sus amigos, algunos que se quejaban bien feo, pus todavía no se podían morir, y como caminó sin rumbo, nomás revisando a los caídos y recogiendo las pocas monedas de oro de los muertos que seguramente habían incautado a algún civil; y así siguió caminando como fantasma hasta que lo jallaron sus compañeros y lo llevaron a un cuartel que tenían en una de las fincas de los mapaches, llamada La Esperanza, donde estaban curando a los heridos de la batalla, ahí estuvo hasta que se sintió juerte, y jaló pa'su jacal, pensando si todavía estaríamos vivos o qué... así me fui enterando de lo que pasó por esos tiempos de guerra, y sin saberlo, me fui acostumbrando a echar la platicada mientras caminábamos y así sentir menos las friegas .

Así pasaron muchos años, yo me volví viejo atrás de mis bestias y mi Tata se volvió anciano y aluego, un buen día,

cuando fuimos a verlo a su cama para decirle que ya era hora, que había que irse al camino a llevar los bultos de café de don Isidoro Domínguez, que el día anterior trajimos de su finca Plan del Zapote, y que debíamos entregar en la bodega de Tuxtla, lo vimos bien muerto, con los ojitos abiertos y todo frío y ya tieso. Nomás le cerramos los ojos que ya no querían cerrarse y tuvimos que ponerle unas monedas en los párpados para enterrarlo, pues según las viejas que rezaron la Letanía, eso lo ayudaría con los gastos en su viaje al otro mundo, pero la verdad, lo que queríamos era que no se les llenaran de tierra las bolas de los ojos, y despuesito nos juimos al cementerio de Terán, donde unos amigos me habían ayudado a cavarle su fosa a mi viejo y ahí lo enterramos, con las lágrimas de mi madre y hermanas y uno que otro suspiro que me salía de adentro de mi corazón.

Al día siguiente, con un poco de retraso, me jui a entregar la carga de café de Don Isidoro y me regresé a mi jacal con la pena de ya no tener a mi viejo para platicar con él, y dos días después, preparé a mis bestias y me jalé rumbo a la finca de café La Soledad, allá delante de San Pedro Buenavista, que siempre me daban carga para mis mulas. Mientras caminaba de ida, sentí refezo mi pesar y hasta mero miedoso estaba en la negrura de la noche, yo, que desde chamaco iba por los caminos sin miedo, pero todo era que no tenía con quien platicar y entonces inventé hablar con mi propia persona y así empezó todo.

Capítulo II

No dotorcito, no la fregés, ya ni que fuera que para recordar la fecha en que me pasó eso, lo que si le puedo decir, es que

eran los tiempos en que mandaba un señor que creo que era doctor, y todo Chiapas estaba como amodorrado, pus onde va uste a creer que tuviera las callezotas que tiene ahora, y las casonas grandes como castillos y todo eso que miramos ahora, entonces mi Tuxtla era una calle larga, larga de la que partía la carretera que atravesaba Terán rumbo a Coita, y por el otro lado, la que llevaba a Chiapa de Corzo. Ya se empezaban a abrir los caminos para Villaflores y Villa Corzo, pero aunque eran solamente brechas, bien que empezaron a entrar los carros, primero de esos chiquitos y sin techo que les llamaban jeep, y que a la larga nos dieron en toditita la madre a los que trabajabamos en los caminos de herradura, ya que empezaron a quitarnos la chamba a los arrieros y a los carreteros que hacían viajes llevando gente a los pueblos que preferían pagarles a los carritos de motor aunque fueran más caros, que a nosotros que hacíamos varios días en el camino, por lo que tuvimos que empezar a trabajar tramos cortos, desde las fincas hasta donde nos esperaban los camioncitos, que no podían entrar hasta arriba por lo malo de los caminos.

Y así pasó el tiempo y yo seguía trabajando con mis mulas, que ahora ya sólo eran dos, pues faltando mi padre, yo solo no podía con más y las otras ya de que tiempo habían muerto, y seguía necio en el camino, pus no sabía hacer otra cosa y no teniendo ni mujer ni hijos con poco me alcanzaba para vivir solito y mi alma, pues mi mamá ya pa'entonces había muerto y mis hermanas después de la muerte de mis padres, se desbalagaron, la Josefina se arrejuntó con Pepe Betanzos, el albañil y se jueron a vivir a Chiapa de Corzo, y de las otras dos nomás se jueron y no volví a saber de ellas bueno, la Josefina me dijo un día que La Negra se juyó con

un soldado y vive en Comitán llena de hijos de la que nunca supimos nada fue de Petra, la Pichita quien sabe que jue de ella.

Los años seguían pasando y mi vida seguía igual, sólo caminando atrás de las mulas, tragando unas veces polvo y resequedá del camino y otras veces humidá y lodo, pues en nuestro oficio, no hay temporada de lluvias y temporada de secas, todo el tiempo es uno solo, y ni modo, hay que acostumbrarse, como también me fui acostumbrando a eso de hablarme quedito, para dentro, casi casi sin palabras, sin ruido, aunque a veces me gritaba yo mismo, como si estuviera encabronado, y si alguien pasaba cerca, pensaría que estaba de a tiro loco.... pero no, era solamente que así me regañaba mi pensamiento... aunque algunas veces esa maldá se me salía de adentro y como que agarraba su propia vida, mientras a mí como que se me iba olvidando todo, hasta los caminos que siempre caminaba, solo recordando las cosas viejas, esas no fácilmente las he olvidado, pero lo que me sucedía hace poco tiempo, eso se me iba retobándome la memoria, y onde va usté a creer que un día se me olvidó donde estaba mi jacal y como se llamaban las mulas que siempre me acompañan. Esa fue la primera vez que sentí esa maldá, pero al poco tiempo empecé a sentir como que me acompañaba alguien que no miraba, pero dentro de mi cabeza me contestaba a mis pensamientos y a veces me regañaba y otras se reía conmigo, de mis torpezas y mis malas ideas, y se burlaba de que se me olvidaran las cosas.

Al principio me hizo gracia y no hice caso, pero después, cuando estando en mi casa empezaba a hablarme, ya me dio miedo, porque a lo mejor, un día de éstos se me aparece con cara de demonio, y ya no va a querer reír conmigo, fue

entonces que mi compadre Freddy Nigenda se dio cuenta y me dijo que estaba yo embrujado, que alguna mala alma me había hecho ojo y que poco a poco iba yo a perder la memoria hasta quedar mero loco y que debía ir a mirar a un curandero de Chiapa de Corzo, que está allá por la rivera del Grijalva, abajito de la iglesia y que le dijera lo que me pasaba y el me iba a curar. Así que cogí camino para Chiapa y ahí fui encontrando al curandero ese, que además era brujo, y de los buenos, según me dijeron las personas que lo estaban esperando...y después de esperar hasta que llegó la tarde, me recibió y sin que le dijera nada, empezó a decirme lo que me pasaba y bien que le atinó el canijo... y al final me dio unas yerbas secas y me dijo que las tomara en un tesito como aguas de tiempo y que regresara a los diez días que me iba a hacer una limpia.

Ay doctorcito, a los diez días, me presenté nuevamente, después de tomar el tecito como me había dicho y entonces el sobandero aquel, sacó unas ramas de yerba de olor, de esas que llaman albahaca, que olían bien rico y me dijo que me encuerara, y oiga uste, que empieza a darme una chinga con esas yerbas, hasta que casi me salió sangre y aluego cogió un huevo y me lo pasó por todo el cuerpo hasta que me empecé a mariar y a ver todo borroso, entonces ya me dijo que estaba curado, pero que mi memoria se había quedado enredada entre las soledades del camino, de donde, a lo mejor regresaría algún día, porque ya estaba yo curado.

Desde entonces vivo esperando el regreso de mi memoria, pero aunque ya esperé mucho tiempo, no ha regresado, y la mera verdá es que ora me siento un poco *pior*, y ya salí a los caminos a ver si la encontraba entre sus vericuetos, pero nada de encontrarla, la verdá es que sigue bien perdida. Bueno doctorcito, mejor ya me voy porque se hace de

noche y tengo que llegar hasta mi casa, que está bien lejos, y aluego me pierdo y me tengo que quedar en cualquier lado hasta que amanece y así poder orientarme un poco.

Capítulo III

Ya llegué doctorcito, la verdá es que no pude venir antes porque ora si me siento pior, si nomás le dijera que no encontraba donde estaba usted, y caminaba perdido, vuelta y vuelta, hasta hoy que por fin llegué. Abusando de su paciencia doctorcito déjeme contarle lo que me pasó hace unos días... ¿sí?

Una de estas mañanas, cuando salía yo a ver si trabajaba con el par de mulas que todavía me quedan, las cabronas empezaron a jalar por otro rumbo y nada de que me hicieran caso, y ya casi las tenía yo por perdidas, cuando de pronto escuché la voz de mi tata que las llamaba a gritos por sus nombres, ayudándose con ese chiflido que solo el sabía hacer para llamarlas, y que se oía bien lejos, entonces corrí para ayudarlo y palabra doctorcito, ¡que lo voy viendo con éstos ojos que se han de comer los gusanos! Y me dio harta alegría porque supe que por fin había vuelto, y ya tendría con quien platicar en el camino y todo eso, pero no pus cuando termine de amarrar a las mulas, y lo busqué, ya no estaba ya se había ido de nuevo.

Desde entonces, ya no quiero salir al camino con las bestias, porque tengo miedo de que se me vayan a escapar otra vez, y la verdá que tengo miedo, porque la prieta, esa mula que tengo desde hoy, se me queda viendo con sus ojos llorosos y parece que me quiere hablar, y a lo macho, eso sí que me espanta, y aluego, éstos dolores de cabeza que siento que se me parte y nada me hace, ni los mejorales que antes

me los quitaban, ni los chiquiadores de papa que me ponía de chamaco mi mamá, ora ya hasta parece que ni me pongo nada y la maldá que no me deja, háblame y háblame todo el tiempo a veces me dice que es mi mamá, que tenga cuidado, que no me moje después de comer, que duerma bien, luego oigo las voces de mis hermanas que me gritan pidiendo ayuda, pero yo cómo las voy a ayudar si ya no tengo ni para comer... y después, mi tata, que no me deja en paz, en sueños, siempre está conmigo, hablándome aunque no lo vea, recordándome del camino, cuando íbamos los dos a la sierra y pasábamos días y noches en la soledad del rumbo, y reímos juntos y yo me despierto llorando al ver que no está, y le grito que no sea así, que regrese, que no la chingue, que no me deje solito, pero nada, el cuando se va, se va, y sólo regresa en sueños, de vez en cuando que es cuando me dice que no tenga miedo, que ya mero nos vamos a juntar otra vez, y eso me llena de contento, pero pasa el tiempo y nada. Yo creo que's la medicina que usté me dá, lo que los espanta.

El otro día vino a verme mi compadre ¿cómo es que se llama? ese que me dijo que viera yo un brujo, bueno como se llame, y me dijo que mejor me juera yo a Tuxtla, que hay un lugar para viejitos como yo fijese nomás, ya parece, si yo todavía estoy juerte lo que me hace falta, le dije, es una mujer que me de hijos para llevármelos al camino y enseñarles a amansar las bestias, a darles de comer y amarrarles con doble nudo los costales de café, y dejar que conozcan a mi Tata y a mi mamá y a mis hermanitas, y que platicuen con ellos como platico yo, y trabajemos juntos con muchos animales de carga. También que me dé una hija que se llame María como mi madre y como la Virgen, pa'que me cuide ora que yo envejezca pero ni caso me hizo, solo movió la cabeza y se jué caminando despacito, despacito, nomás mirando al suelo, hasta que lo perdí de vista.

Dicen por hay, los que me conocen, que a veces, en la calle, habló solo y también que me oyen cantar y discutir, pero sólo a veces, porque es cuando pienso que voy por el camino con mi padre.

Pero todos me dicen que estoy loco, que eso ya no es posible, y se burlan de mí, pues no me creen lo que les digo y dicen que yo me lo invento todo, hasta los chamacos del barrio me siguen gritándome:

—Loco, loco te patina el coco.

Y nadie me defiende, todos nomás me ven y se ríen, sólo mi mamá que a veces viene a verme, les grita que se vayan que no me molesten, pero nadie le hace caso, parece que no estuviera, entonces me abraza y me dice que no me fije, que no es cierto eso que dicen, que mejor vaya preparando las bestias porque no tarda en venir mi Tata para irnos al camino y luego se enoja si no estoy listo, pero nada, mi viejo no viene y mi mamá quien sabe a donde se mete porque de repente ya no la miro, y entonces me gana la desesperanza y me voy a esconder a la Iglesia, y hablo con el señor cura, quien me ha dicho que eso le pasa a los viejos y que mejor lo viera a usté pa'que me diera medecina, pero ay tiene usté que yo le dije que ya le vine a ver desde endenantes doctorcito, pa'que me quite la *maldá* pero que tus medicinas caso me hacen, solo alejan a mis familiares, y a veces tengo miedo de morirme yo solito,

Si al menos estuviera siempre mi tata conmigo, como me dijo la última vez, yo ya no haría caso a los díceres, porque me sabría acompañado, y de repente hasta nos íbamos otra vez al camino y ¡ay si a lo mejor hasta encuentro a mi memoria! Y si de repente me muero, pos me voy con ellos que me han de extrañar, por eso, doctorcito, no me lo tome a mal, pero ya no voy a tomar su medecina, ni a venir a platicarle de mi *maldá*, pos esas cosas solo espantan a mis parientes,

y ya no quiero que vengan sólo a ratitos, ahora, vásté a ver como siempre estarán conmigo. porque si es verdá eso de que ya estoy viejo, como me dijo el padrecito, la mera verdá... no muy me gusta.

El camino principal

La noche era extremadamente húmeda y fría. El grupo de personas que se escurriría lentamente por la montaña, sólo se alumbraba por la escasa luz que se desprendía del sarampión de las estrellas, que cumplían su misión de suplir a la luna, que esa noche no había querido ir a trabajar, y que dejó los ocotes convertidos en fantasmas que acariciaban sensualmente la piel del cielo. El camino real que serpenteaba partiendo la montaña, ya no era ni camino, ni mucho menos real, pues los años lo habían convertido en una vereda compactada por las pisadas que dejaban los indígenas, y las huellas de sus bestias, que tenían que usarlas para transitar hasta el poblado brumoso que de día, resaltaba llanura abajo como un nacimiento navideño, y que de noche, se perdía dejando solamente unas tenues manchas de luz natural, que en este momento, aún no se podía divisar.

El grupo aquel, compuesto en su mayoría por indígenas, y un patrón que fumaba constantemente cigarrillos americanos, había llegado de Miahuatlán en camionetas especiales que habían quedado en un recodo de la carretera, allá arriba, donde comenzaba la brecha que los desbarrancaría hasta el poblado de San Juan Ozolotepec, en medio de pinos milenarios que le cerraban el camino, y el frío aquel que entumecía las partes descubiertas, sin ninguna compasión, y que sólo era mitigado con tragos de una botella de mezcal, que el patrón había confiscado a un trabajador que, conociendo las inclemencias de la zona, quiso prepararse... pero la disciplina ordenada del grupo se lo impidió. Rufino Palacios, el

Presidente del Comisariado Ejidal de esa comunidad, había enviado tres caballos para ayudar en la bajada, pero por lo resbaloso del piso, nadie quiso ir montado, y todos prefirieron bajar a pie, encargando el patrón a sus peones, ayudaran a los caballerangos del comisariado a llevar los caballos de la brida, vigilando no se fueran a resbalar barranca abajo.

A San Juan Ozolotepec lo conformaba un conjunto de casas que abrazaban cariñosamente a la casa comunal, y que nadie puede imaginar cómo fue a asentarse en el fondo de una cañada, lejos de todo y sólo bañado por un arroyuelo que transitaba tranquilamente a media legua de la casa comunal, que en la temporada de lluvias, se encabronaba y arrasaba con todo a su paso. Sin embargo, sus pocos habitantes ya se habían acostumbrado a vivir en esa sima, donde el frío de la montaña no llegaba a molestar, y que permitía trabajar las parcelas del llano, y al mismo tiempo, vigilar los ocotes que eran su riqueza.

Ahí siempre había tenido su lugar, don Fidencio Buendía, que era quien conocía la historia del pueblo y de su gente mejor que nadie, y quien a su vez, era conocido de todos, pues a sus noventa y tantos años, nunca había salido del pueblo, ya que había nacido con una maldad en los pies que lo obligaba a tenerlos siempre como volteados hacia adentro, lo que le impedía caminar largos tramos ni siquiera con la muleta que alguna buena gente, que se compadeció de verlo arrastrarse como cangrejo, le había regalado, para salir del pueblo, había que caminar muchas leguas, montaña arriba y de plano, el no hubiera podido.

Su única esperanza era que alguien construyera el camino principal, para poder llegar hasta la carretera principal en algún camión que quisiera llevarlo, lo malo era que el tiempo pasaba, y de niño se hizo hombre y de hombre a viejo, y nada que lo hicieran. Algunos decían que eso era sólo un pretexto para no dejar sus siembras de maíz y marihuana que tenía en su

pequeña parcela, que siempre cuidaba solamente acompañado de un perro, famélico y acobardado, que era quien estaba con él, pues a don Fide no se le conocía mujer y si tuvo hijos, nadie llegó a conocerlos. Se dice que el viejo había nacido en ese lugar, pero nadie recordaba a sus padres y se había corrido el rumor de que don Fide, no había nacido de mujer. La casa que le dieron los comuneros hace ya muchos años, todavía le daba cobijo, gracias al tequio que sus vecinos le prestaban, y el sólo se encargaba de sacar los tejamaniles necesarios de un viejo árbol, que resistía estoicamente sus embates y continuaba viviendo, chueco y lastimado igual que lo hacía su dueño. Y así reparaba las paredes y el techo que sólo resistían una temporada de lluvias, y luego a repararlo otra vez para que la humedad no convirtiera en lodo el piso de la casa que era de tierra apisonada por el uso, y en el fondo del único cuarto, un viejo catre de mecates atravesados con un petate, y una mesita de madera de tejamanil, con un complemento de dos pequeñas trozas de pino que hacían las veces de las sillas; en las paredes, casi desnudas, un crucifijo nos recordaba su amistad con el padre Ciriaco y un calendario con un paisaje y sin hojas que le indicaran los días, formaba todo el mobiliario. El perro dormía en un jergón que repartía sus desdichas y malos olores, debajo de la cama.

En el pueblo la gente mucho respetaba a don Fidencio, hasta los niños, que se habían acostumbrado a verlo como parte del entorno, y los mayores, por los muchos años que había vivido y que suponían, le dejaron una gran experiencia. En esa mesita, que contara sus desdichas cojeando en el centro del cuartito aquel, se habían reunido, esa tarde, don Fidencio y Rufino Palacios, Presidente del Comisariado Ejidal, para tratar asuntos relacionados con la comunidad, pues a esa autoridad había llegado una solicitud por escrito de una empresa maderera de Miahuatlán, que se interesaba por el corte y saqueo de los ocotes y no sabía que responder.

El viejo, ya había encendido su purito de hierba, como lo hacía siempre que quería hablar de algo importante y su aroma se esparcía por el ambiente.

Mirá tú autoridá, déjame decirte que desde la época que mandaba Crescencio Sánchez, aquel que abandonó el pueblo hace ya muchos ayeres, ya se presentaban por acá negocios que pedían el permiso de la madera. Yo estaba bien chamaco y casi no recuerdo nada, lo único que parece repasar mi memoria es que eran unos gringos los que vinieron, y que pretendían llevarse la madera en rollo, pero se les dijo que no porque no quisimos que hicieran el camino principal para que no se nos metieran los revoltosos que andaban matando curas, va a saber por qué motivo, y se fueron y ya no recuerdo si lo volvimos a ver. Después, en el tiempo en que mandaba ese Tomás, del que no recuerdo su apelativo, pero que terminó fugándose con la hija de Pancracio y apareció muerto camino a Lapaguía, ¿ya sabe quién?, ¡sí hombre! aquel que se ponía siempre un sombrero blanco de esos que llamaban yucatecos y que se opuso a que se vendiera el monte, y por eso se bronqueó con un tal García, que era dueño de un aserradero, a quien mandó a la chingada con todo y su dinero, y dicen, que fue por eso que aquél lo mandó matar, quedando bien frío allí nomas a la orilla del río donde se estaba bañando bien encueradito el pobre. Bueno pues, aluego se presentó otra compañía, recomendada por el padre Ciriaco quien nos dijo que ellos iban a construir no sólo el camino principal, también un parque aquí nomás en el centro, con sus banquitas y una casetita en medio de esas que llaman kiosko, donde podría tocar la banda a quien le comprarían instrumentos nuevos de esos que tocaban música y toda la cosa pues... y hasta una iglesia para adorar a San Juan y quien sabe cuántas cosas más...y les dijimos que sí, que como no, que sí, que trabajaran, pues todos estábamos bien entusiasmados, y así fue como entraron al paraje Las Calave-

ras, que entonces tenía ocotes así juntitos y bien gruesos y las coronas se perdían allá bien arriba, y sí, sí hicieron el camino, pero no el principal, pues el que hicieron no llevaba a ninguna parte, pues sólo les servía para el saqueo de madera y pa' nosotros, nada. De la paga nos salieron con lo mismo cuento que lo, tenían que depositar en el banco, que's que por órdenes del gobierno y pa acabarla de fregar, nos dejaron pelón el paraje, que ora sí que parece calavera. El padrecito ya desde que tiempo que había desaparecido, y ni pa' reclamarle. Despuésito, ya estando tu mayorcito, y —a ese bien que lo debes de recordar— vino don Chabelo, aquel chaparrito que nos traía regalos a todos, principalmente a los jóvenes a mí me traía el periódico de Oaxaca y me leía las noticias mientras quemábamos un poco de yerba de la mera regañona que compraba para su uso, y plática y plática se nos pasaban las horas; sin embargo le dijimos que no era posible darle todo el monte sino sólo una parte que le decíamos El Pinabetal y con la condición de que hiciera el camino principal, y lo aceptó, pero sólo hizo el camino al monte y nada de comunicar al pueblo y para tenernos engañados sólo mando un tractor chiquito que siempre estaba descompuesto y pasaban meses sin arreglarlo, que's que no llegaban las refacciones de México y mientras el saca y saca madera, hasta que nos fastidió y lo corrimos, creo que bastante bala le echaron los jóvenes, y entonces sí se largó tan rapidito que hasta le volaba el algodón, pero ya nos había desmadrado el monte que hasta la fecha no se puede reponer. Y al último que recuerdo fue a don Eloy quien venía por encargo de un ingeniero de México, y que siempre traía su camioneta o seis tipos que presumían ser de por la costa, allá por el rumbo de Panixtlahuaca, y la verdad nos dio miedo negarle el monte, sobre todo después de la muerte de Genovevo, que era quien más se oponía y a quien venadearon junto a sus chamacos, ya casi llegando al poblado de Nevería. Así que firmamos y el hombre

estuvo trabajando y saca y saca madera, así eran las camionadas que salían diariamente, pero a la hora de pagar, nos mandó a decir con sus gentes que ya había pagado y que lo dejáramos de chingar, pues nos podía pesar, y allí acabo el contrato y aunque nos costó trabajo, quieras que no, le obligamos a sacar sus fierros y cachivaches, gracias a don Marcelo, el de Miahuatlán que nos ayudó y a quien le tienen respeto porque ese sí es cabrón. Al poco tiempo balacearon a don Eloy en el meritito patio de su casa y así lo mandaron al infierno a que siguiera engañando pendejos.

Ya verás, autoridad, todos los que han tenido el permiso del monte nos han fallado, nadie ha hecho el camino principal y sólo nos han matado a los paisanos que se oponen a dejarlos hacer de las suyas, principalmente a los meros gallos que dan la cara, así que si quieres dar el permiso que te piden, pus dalo pues, pero de cierto te digo que no van a cumplir y sólo nos van a seguir quitando nuestros palos, que ya son cada vez más pocos, hasta que nos dejen pelones como queso y las lluvias se encabronen con nosotros y se larguen a otros lugares donde sí las respeten, mientras aquí, la sequedad nos dejará sin comida y sin río, y acabaremos más muertos que las animas benditas del santo purgatorio, pero pues tú eres la autoridad, y tu sabes que debes hacer; nomás prepárate porque te pueden dar en la madre.

Don Fidencio poco a poco se iba adormilando, hasta que se quedó totalmente dormido en la mesa y sus ronquidos alertaron al Rufino que se levantó con un gesto de preocupación en la cara, sólo le dio una patada al chucho que se adormilaba cerca de la mesa, y desapareció en la noche del pueblo.

El grupo aquel, a quien dejamos resbalándose peligrosamente por las laderas de la montaña, ya cerca de Ozolotepec, estaba formado de cinco hombre, de los cuales cuatro eran nativos del estado de Oaxaca y el último era el patrón de to-

dos ellos, un hombre de edad madura, que vestía una ropa informal, sombrero jarocho y botas marca Crucero que a las claras decían que aún no estaban totalmente hormadas, pues el hombre aquel se detenía cada pocos pasos para descansar, lo que obligaba al resto de la cuadrilla a detenerse también, con un gesto de fastidio. Iban también dos indígenas, flacos, morenos, vestidos de manta, huaraches y un sombrero de palma que si no nació con ellos, poco les faltó, pues parecía pegado a su cabeza. Estos se encargaban de cuidar a las tres mulas y quienes impedían que se alejaran, jalando firme del cabestro. Nadie hablaba, pues el aliento helado de la noche, les producía un sofocón que los ahogaba. Sólo esperaban que la tierra se enderezara, llegando al llano, para poder platicar con su compañero, pero por lo pronto no se podía.

Filiberto Martínez, jefe del grupo, normalmente hablaba poco, pero mucho le gustaba escuchar, sobre todo cuando contaban los cuentos que divertían a todos los compañeros madereros; había dejado una nueva mujer que conoció en Miahuatlán al cuidado de su casa en el campamento Nueva Florida, donde estaba asentado el aserradero principal de la compañía. Filiberto era el hombre de las confianzas del patrón, tan era así, que este le había dado una camioneta para su servicio, desde antes que aprendiera a manejarla, y encargándole a Roberto Gómez, hijo de Silvano Gómez para que lo enseñara a manejar, pero ahora ya la dominaba y siempre que salía el patrón al monte, lo llevaba para que le manejara su camioneta, pues a él le daba sueño cuando viajaba. Filiberto sabía leer y escribir perfectamente con una letra clara y uniforme, que había aprendido de chamaco en la escuelita de su pueblo, Mazatán, donde terminó hasta sexto año de primaria; también hacía cuentas y sabía manejar la sumadora manual que le habían encargado; en un tiempo fue documentador de los camiones que salían al mercado nacional y pocas veces había tenido errores.

Era él quien había hablado con don Rufino, convenciéndolo para que diera el monte a su patrón y por eso venía para hablar con la asamblea esa misma noche, ya que el mismo Rufino le aseguró que ya estaban todos convencidos y quien le recibió el dinero que había cobrado por el favor.

De los otros, solamente Mateo Rivera, el *Charro*, que ahora era el montero principal de la compañía, sabía leer y escribir, aunque le faltaba práctica y sus errores eran constantes, pero en su cargo, eso no tenía mucha importancia. Su ayudante, Silvano Gómez, un viejo trocero padre de tres jóvenes choferes de la propia empresa, era quien alegaba que el mezcal comprado en Miahuatlán era para el frío, y no por gusto, cosa que el propio patrón pudo comprobar esa misma noche, cuando decidió sacar la botella confiscada y prorratarla entre todos para capear el frío. Los otros dos, eran peones que sabían manejar la forcípula y que estaban al mando directo de Mateo Rivera.

Ya se oía ladrar los perros y empezaban a verse casitas a los lados del camino, cuando se escuchó el rugido de la central, y vieron como el patrón caía hacia atrás como jalado por un mecate invisible y solo se le vio tirar unas cuantas patadas al aire como queriéndose quitar sus botas, y luego se quedó quietecito, así nomás, como una sombra más en la noche, mientras algo negro, más negro que la oscuridad, iba empapando la tierra del camino, y los ruidos, que habían guardado silencio después del tiro, volvieron nuevamente a escucharse. Los miembros del grupo que se habían desperdigado por todas partes esperando una lluvia de balas sobre ellos, y sintiendo que el corazón les reventaba la garganta, poco a poco recobraron la calma, cosa que no hicieron las mulas, que desgarrando las manos de sus caporales, arrancaron camino abajo y se perdieron como almas en pena, mientras éstos se quedaban quietecitos tras las matas y fueron los primeros en salir, gritándole a todos que ya todo había acabado, que salieran y que

no tuvieran miedo. Fue Filiberto el primero en llegar adonde estaba tirado su patrón y quien le cerró los ojos, que se habían quedado fijos, viendo posiblemente el relámpago de la central que le enviaba directamente a la muerte.

Ya era de día, los pájaros anunciaban la llegada puntual del sol, y el rechinido cruel de las chicharras rasgaba el viento aún fino, que nos recordaba que la noche anterior fue de intenso frío, cuando don Fidencio, regresando de su parcela donde había recibido los primeros rayos de vida de un día de primavera, marcaba con sus pies chuecos y desnudos el camino que lo regresaba a su jacal; en su bolsón de yute, llevaba unos manojos de la yerba que le curaba del aburrimiento y del olvido, que cariñosamente había cosechado de su parcela; su perro, se entretenía husmeando los matorrales con la esperanza de ver salir alguna rata de campo que le serviría de almuerzo, cuando vio, allá donde el camino se metía por la puerta de su jacal, la figura inconfundible de Rufino Palacios, quien con una sonrisa en los labios lo ayudó a pasar hasta los tocones que servían de silla, y después de recostar pausadamente la muleta cerca de las manos del viejo, fue a sentarse enfrente de él y empezó a hablar.

“Te vengo a dar las gracias don Fidencio, gracias por salvarme la vida con tus consejos y por haberme advertido que no diera yo el monte, ya que peligraba mi vida pues. Ya todo se resolvió y el Ocotil de Ozolotepec ahora está a salvo.”

Diciendo esto, Rufino se levantó y encaminándose a la salida desapareció de la visión del viejo que agachando la cabeza sobre su pecho, se limitó a acariciar a su viejo perro y en forma maquinal, empezó a preparar el primer purito de yerba, que le ayudaría a tener claros sus pensamientos durante el día, para seguir dando ayuda a todos sus amigos aunque él, sacrificara una vez más su esperanza de ver terminado el camino principal y saberse condenado a morir, sin conocer el mundo de afuera.

El palo de chaca (1955)

Ysentí temor, señor, ese temor verdadero de estar echado solo, completamente solo en aquella oscuridad tan negra, que parece que te cierra los ojos; las manos no las jallaba por ningún lado, era como si se hubieran caído de mis brazos, sólo las sabía porque estaban prendidas de mi moruna; aquella noche yo sentía algo raro que me paraba los pelos de punta, algo que me hacía sentir ese temor dentro de mí, esperando que pasara algo malo sin saber qué, pero sentirlo allí dentro, agazapado tras algún matojo de mi pecho, esperando.

Venía de regreso de un día de malas, esa tarde, me habían tirado mis verbas del mercado quesque porque no tenía licencia, quesque por orden del gobierno, y yo sintiendo la apuración de ya no tener con que ganarme los frijoles pa'mi jacal, y aluego, por ponerme de alegador con los gendarmes, se me perdió el sol, se jué, y yo me caí dentro de esa boca de lobo del monte, si señor, de plano era un día de malas.

Me hubiera dado gozo poder seguir caminando, pero lo negro de la noche, ese silencio más seco que un limón verde y la resequedad que sentía en la boca, me pararon juntito a un arroyo que gruñía como perro hambriao; el temor que sentía y el temblor de mis canillas me daban pena de cobarde, y no lo soy, señor, se lo juro por ésta, no lo soy, se lo digo de cierto, pero aquel silencio tan negro llevaba a los árboles y a

la tierra un algo que nunca había sentido, como si de plano anduviera suelto el nahual y fue entonces cuando oí ese grito que pegó éste difuntito pidiendo dispensa de Dios, no era lejos, algo me dijo que ese era mi temor y quise correr, pero verá usted, no se que mal aire me agarró que llevó mis pasos para allá, a la orilla del arroyo, donde crecen los palos de chaca, y que los voy viendo... todos eran gendarmes vestidos de verde y cargaban unas carabinas, más chiquitas que las Centrales, y llevaban farolas que aluzaban de lleno a este pobre cristiano difunto que estaba colgado del pescuezo a una rama de chaca; entonces yo no lo conocía, ni sabía si era bueno o era malo, ni si había matado a un cristiano, ni que se llamaba Federico como tú lo dices, señor, sólo sabía que no podría hacer nada por él, pus eran muchos y todos llevaban armas, y yo sólo colgaba mi mocha que me diera mi difunto padre antes de morir; ni modo, me hice lo más chiquito que pude y aunque temblando más por el miedo que por el frío, pude ver como ese señor, el de la gorra cuadrada que se veía era el mandador de la tropa, se le enroscaba de las piernas al difunto y lo jalaba para abajo, hasta que le trono el gaznate como matraca y sacó una lengua larga y gorda y echó sangre por los ojos, y luego se quedó quitecito y ya no dio lata a sus matadores, quienes todavía le dispararon sus rifles, pero él ya no se dio cuenta, y dándolo por muerto, se perdieron poco a poco en la oscuridad, fumando y riéndose de algo que dijo su mandador.

Ya amanecía cuando la rama de chaca dejó de crujir y mis canillas de temblar, entonces jui a ver a mi compadre Julio, aquí presente, quien me ayudó a bajar al difuntito y traerlo aquí al gobierno para dar parte.

----- oOo -----

Buenos días Licenciado.

Buenos días, mi General.

¿Es usted el agente del M.P..?

Para servirle, mi General.

Bueno, le pregunto porque está usted muy pollito para atender este gallinero.

No se crea mi General, es cierto que me acabo de recibir, pero ya desde estudiante he trabajado en esto.

Bueno, licenciado, yo soy el General Rodríguez y Peredo, y he sido enviado a este mugrero para poner en orden a la indiada, que parece que se está miando fuera de la bacínica.

Pues en realidad, no sé por qué le dijeron a usted eso, pues el pueblo, aunque chico y pobre, está completamente en calma y no quis...

¿Completamente en calma, dice usted?!, que no está enterado que hace más o menos quince días, acribillaron a la mala a un tío del señor gobernador del estado, ¿que había venido a comprar un ranchito por aquí, eh? no lo sabía, verdad?, no, qué lo va usted a saber, ya decía yo que estaba muy falto de espolones para gallito.

Perdóneme mi General, pero eso que dijeron los periódicos no todo es cierto, vea...

¡Mire licenciado, no quiera usted enseñarle lo que pasó a un perro viejo como yo que está bien enterado de todo! Si acepté venir es porque estoy bien informado y además tengo órdenes precisas y como militar, las voy a obedecer, le pese a quien le pese y sólo le vengo a decir que no se le ocurra entorpecer mis averiguaciones porque no lo voy a permitir, así que mejor sígale con sus borrachitos y ladrones de gallinas y no se interponga en

mi camino ni le ponga zancadillas a mi tropa ¿entendido licenciado?

Bueno señor, si usted lo dice...

¡Lo digo y lo sostengo y usted se va a hacer pendejo si no quiere salir del pueblo con las patas por delante... por lo demás no se preocupe que mi tropa le va a quitar mucho trabajo de encima!

Sólo habían pasado dos días de la visita del General aquel y ya habían comenzado los desmanes con un pobre indígena muerto y torturado siendo inocente y seguramente por no saber lo que los militares le preguntaban, por eso, y pensando que era su deber detenerlos, le habló telefónicamente al Procurador General de Justicia del Estado, su jefe, para pedir instrucciones, quien le dijo:

Así que ya recibió usted, licenciado, la visita del General Rodríguez y Peredo, bueno, pues sepa usted que es uno de los militares de carrera más reconocidos en los círculos castrenses y goza de la amistad personal del señor Gobernador del Estado, y dicen que el mismo Presidente de la República, le dispensa su amistad, así que jovencito, yo le recomiendo que actúe usted con prudencia, pues ese militar puede resultar un mal enemigo y usted, pues todavía tiene una vida por delante, ¡cuídela! Tenga calma y ya me reportará personalmente, nada de oficios, ¡nada de oficios!, ¿entiende verdad?, lo que acontezca o haya acontecido por allá; estése tranquilo, ya sabe que si usted actúa con inteligencia, puede contar con mi apoyo ¡ah! y desde luego con el agradecimiento del señor Gobernador.

Todo esto lo iba recordando el joven licenciado, mientras trataba de acomodarse en el asiento desvencijado del camión de segunda por cuya ventanilla lograba ver el panorama de pobreza y tristeza del campo mexicano y a los indígenas que inclinaban el cuerpo tratando de sacarle

a la tierra, los alimentos que debían llevar a su familia, confiando, tal vez, en que sus gobernantes les garantizarían un estado de derecho que les permitiría gozar del fruto de su trabajo, mientras que él, iba camino de presentar su renuncia, ya que era el único camino que le dejaran esas mismas autoridades, que han ordenado grabar en letras de oro, a la entrada de sus oficinas, aquella máxima en la que había cifrado la esperanza de toda su vida:

“Nadie tiene más derecho, que el de cumplir con su deber”.

Un día de campo (1955)

A lo macho, salimos retemprano, el sol todavía estaba así de grande, pero hacía harto frío; mi mamá no quería que saliera pues decía que todavía había borrachos en la calle, pero mi papá habló y la convenció:

—Déjalo ya es todo un hombre.

Y ella:

—Ten cuidado.

Y salí, iba con harto gozo, tal parecía que nunca había salido de día de campo, llevaba el itacate que me había preparado mi mamá desde la noche anterior; Beto, el hijo de don Luis, el millonario, ya estaba levantado, me esperaba. Isaías seguía durmiendo... ese es re-flojo, pero su madre:

—Levántate holgazán, que va a decir don Luis.

Y él Isaías:

—Yaaaa... a poco ya se levantó Beto.

Y Beto:

—Újule, desde que rato.

Doña Pancha, la mamá de Isaías le habló:

—Muchacho holgazán, ¡levántese inmediatamente, voy a hacerle el desayuno a don Luis pa'que no se enoje la señora y cuando vuelva ya quiero que se haya largado.

Y se levantó, y nos fuimos antes que volviera doña Pancha, de hacerle el desayuno a don Luis. El Calabacero, ya que rato estaba chiflándonos desde la Plazuela.

(Sólo Billy no fue, su mamá no lo deja juntarse conmigo, porque dice que la vi encuerada a propósito, pero ni es cierto, el que siempre la espía es Rojitas, pero pus, la pedrada siempre le cae al más menso, y ora me tocó a mí, ni modo.)

Y el calabacero:

—Yo creí que ya se habían rajado.

Y yo:

—¡Ese Isaías que no se levantaba!

Y nos fuimos, Beto y yo no queríamos pasar por la Tenería (creo que ni el Isaías tampoco)... ¡también siempre salen los perros!

pero el Calabacero:

—Újule, chayotes, si vivieran por onde yo...

Y pasamos por la tenería, y nos corretearon los perros; tuvimos que meternos de prisa al solar de don Lencho, ya ves como apesta pues ahí siempre se obran los que van pa'la vía.

Y alguien avisó:

—¡Te quemas... te quemas!

—¡Me llev...!

Y todos se rieron de mí, y yo pensé:

Si lo sabe mi mamá se va a enojar, los voy a tener que limpiar antes de llegar... ¡a la tarde los boleó!

Ya fue cerca de la casa de don Trini donde nos encontramos con ellas, las vimos desde lejos y a mí me entraron esas cosquillas que siento en el estómago cada vez que algo me da miedo y ahora bien que las sentía, pero por más que les dije que nos fuéramos por otro lado, no me dejaron (ese pinche Calabacero me la trajo cargada todo el día, está bien pesao desde que su papá regreso del bote se siente como muy importante).

Yo nomás las veía que se acercaban poco a poco, riéndose de algo que no alcanzamos a escuchar, venían descalzas con los zapatos en el hombro y todas con su cara llena

de maquillaje (se veía que no se lo habían limpiado en la mañana) y las faldas levantadas hasta la cintura para no ensuciarlas de lodo, enseñando todas las piernas y hasta los calzones. Yo mejor saqué mi charpe y me puse a ver arriba de los árboles como si fuera a cazar alguna primavera, mientras los demás se habían quedado parados sin saber qué hacer; entonces recordé lo que me había dicho el monaguillo en una ocasión:

—Esas viejas son malas, nomás les quitan en dinero a los borrachos, son malas, nunca vienen a misa.

Y mi madre:

—¡Ya vienen esas sinvergüenza... métanse muchachas... y tú también mocoso!

Y mis hermanas se metían a sus recámaras y yo también me metía al baño, pero las espiaba por la ventanita que daba a la calle, bien que las conocía.

Todo eso pasaba por mi mente mientras mis canillas temblaban del susto.

Y dijo una:

—Mira tú... quiúbo nenes. ¿Qué hacen tan lejos de su casa?... se los va a comer el coco.

Y otra:

—Me gusta ese chinito como pa'acabarlo de criar....

Y el Calabacero:

—Órale Beto, a tí te hablan ¡aviéntate!

Y Beto:

—¿Yooooo?¿adónde?

—No seas menso —insiste— aviéntate...

—Pero, es que a mí ni me gusta.

Y yo:

—Ya vámonos pues...

—¿Por qué te quieres ir güerito, ¿tampoco te gusto a tí?

Y el Calabacero:

—Újule de plano éstos son chivas, vente Isaías, vamos tú y yo.

—¿Ya ves güerito? éste sí es macho a ver ven, dame un beso.

—¿Quién...yo?

—Pues claro, no que muy machín.

—Ah, ¡aquí...?

—Pus entonces ¿a poco quieres irte conmigo de dormitorio?

—¿A dónde?

Y ellas rieron de lo chiviado que estaba el Calabacero, y Beto y yo también, aunque no sabíamos bien por qué, porque yo al menos, no entendía nada.

En esas nos hallábamos cuando de pronto salió don Trini con su burro cargado con dos costales:

Y don Trini:

—Buenos días niños ¿qué andan haciendo por aquí?...

Y a ellas:

—Y ustedes, viejas sinvergüenza, que hacen paradotas aquí.

—Pus nada enseñando a estos mocosos a machitos.

—Ustedes no enseñan nada bueno, pinches viejas sinvergüenza yo ya las conozco, a ver si dejan de empacharse con estos chamacos, métanse con uno de su tamaño, a ver ¿por qué no me enseñas tus mañas a mí?

—Óyelo tú quien lo viera tan seriecito ¿será que todavía puede? mejor vete a vender tu maíz, viejo menso y deja de meterte en lo que no te importa.

—Vénganse pa'ca, chamacos, estas viejas no enseñan nada güeno

Y nos fuimos con don Trini y en el camino el Calabacero nos contó:

—Son las que están con la Juana, junto al río, a veces, en la tarde se bañan ahí, encueraditas ¡palabra! Pregúntale al cuico si no me creen.

Yo sentía asco, me acordaba de la Mónica, sobrina de doña Pancha, y lo que el monaguillo me había contado.

¿Ya sabes?, la Mónica se peló con Juan el chofer, ya no viene a misa, se volvió mala, dicen que el tal Juan la plantó por ahí y que ya no quiere regresar porque le da pena con don Luis, pero que pena ni que nada, se volvió mala.

Y yo la veía entre éstas, toda despintada y oliendo al vivito aguardiente, con los zapatos en la espalda y las faldas recogidas me marié reteharto y hablé:

—Ahorita los alcanzo.

Pero don Trini:

—Vente chamaco, vamos a cairle a la Luisa, está echando las tortillas para el mercado, a ver si nos da una.

Y entramos, y comimos las tortillitas calientes con frijoles de la olla, porque la Luisa había dicho:

—Pásenle pa'dentro, ahí están los frijolitos en la olla que está en el comal.

—¿Qué crees que estaban haciendo las sinvergüenza ca'juana? Les caí queriendo enseñar sus mañas a los chamacos.

Y la Luisa:

—Ya ni la friegan, que lo supiera doña Rosita o don Luis, ni modo habrá que irles con el chisme a ver si ponen un remedio. Ya está mal que se acuesten con los grandes, pero al menos esos ya saben lo que hacen, pero a los chamacos que los dejen en paz.

Y yo supe, supe que se acostaban con los grandes sin estar casados, y recordé lo que no le había creído al monaguillo:

¿A poco tú crees que a los niños los trae la cigüeña?, no seas menso, Yo oí a don Quino que dijo que la Mónica, iba a

tener un hijo por haberse acostado con el Juan, así es como vienen, ¡palabra!

Y yo me sentí mal porque supe como se hacen los hijos, y me imaginé a don Trini con la Luisa y me dio asco el taco con frijoles que me estaba comiendo, todo me daba hartas vueltas, Beto, Isaías, el Calabacero, don Trini. Y mejor me salí pa'que me diera el aire, y al rato, ya cuando me sentí mejor, todo lo vi diferente, como si el mismo campo ya no fuera tan bonito como antes, como que los pájaros ya no cantaran igual, y el sol ya no fuera el mismo, y hasta la voz de mi madre sonó diferente cuando me dijo:

—¿Qué tal te fue hijo?

Un hombre ocupado (cuento corto)

El hombre aquel, anciano y harapiento, que estaba sentado a la sombra de un añoso guanacaste a la vera de un camino cualquiera, me llamó la atención, no sólo por lo incongruente de su rostro que daba una respuesta equivocada a su aspecto exterior, también por la tranquilidad de su mirada que se perdía, a través de la llanura con la inconsistencia de la nada.

Pasé rápidamente junto a él, con el paso recio del hombre ocupado, pero su impresión nunca ha podido borrarse de mis recuerdos, y mi imaginación, con esa característica de potro desbocado, empezó a contarme historias.

Y aquel hombre, como moderno Shidarta, había tenido también una niñez y una juventud acomodada, y también como él, había abandonado todo en aras de nuevos horizontes, y como él, había dejado las suelas de sus zapatos en depósito de los caminos recorridos, y las experiencias vividas, le habían transformado sus creencias, y poco a poco, fue encontrándose interiormente y así le llegó la paz, esa paz que ahora se refleja en su mirada alcanzando a ver lo que nosotros, quizá nunca alcanzaremos .

No quise regresar, no obstante los gritos de mi alma que me exigían desentrañar el misterio de aquel anciano, pudo más mi prisa de hombre ocupado o quizá mi temor de que aquel hombre, me desilusionara con respuestas tontas. Preferí continuar mi camino, soñando historias, y dejar que el polvo del camino disipara mi impresión primera.

Crónica de un viaje cualquiera

Habíamos llagado a Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, gracias a una hora de vuelo y a dos saltos acrobáticos del avión que al aterrizar sobre el pavimento recalentado por las doce horas del día, rebotó como pelota de tenis, maniobra que, según mi compañero de asiento, hacia honor a los pilotos mexicanos, que lo tenían perfectamente controlado.

Llegue en el vuelo 210 de Mexicana de Aviación, en un vuelo que lo único digno de narrar, fue el succulento desayuno compuesto de una bolsita de cacahuates y un vasito de Coca-Cola, que si bien no sirvieron para mitigar el hambre de un desmañado chilango, si fueron útiles para engañar el mal sabor de boca que, una noche de cuates, me había incrustado entre las encías y la dentadura postiza, a la cual, dicho sea de paso, aún no podía acostumbrarme.

Por lo demás, todo fue tranquilo en el viaje, mi compañero de asiento, desparramado hasta fuera de los límites permitidos abrió los ojos y volviendo la cabeza hacia mi lado, me espetó su docta frase, que era lo único que me faltaba para recordarme que ese era mi primer viaje en avión.

“¿Sabías que este aeropuerto lo construyeron en un llano, donde siempre hay vientos encontrados, neblina y un barranco al final de la pista? A ver si no nos damos en la madre”.

Ese comentario, hubiera bastado por sí solo, para elevar mi nivel de estamina hasta grados insospechados pero además, mi compañero de viaje lo aprovechó para dejarme sentir una halitosis mañanera, que por poco hace

devolver los cacahuates, que me estaban haciendo un circo descomunal en el estómago, sin embargo, y haciendo de tripas, corazón y no sé si por venganza o accidentalmente, torcí la cabeza y en su nariz le dije:

—Ni lo mande Dios

Y no lo mandó, pues el avión hizo su aterrizaje acostumbrado no sin antes mostrarme un pueblecito risueño, que iba desapareciendo bajo las fauces, siempre insatisfechas de una turbina colocada en el fuselaje del avión, y que y que nos llevó, sin mayor contratiempo, hasta la plataforma misma del aeropuerto. Volví mi rostro sonriente hacia mi compañero de asiento. Pero este, quizás recordando que yo también podía defenderme del mal aliento, ya no hablo ni media apalabra, así que me concentré, en lograr desprender mis manos del “descansa brazos” de mi asiento —donde se había aferrado desde la salida de México— y al segundo intento lo logré con un fuerte sonido de huesos rotos, sin embargo nada pasó y me pude levantar, tomar mi cámara fotográfica que se adormilaba en una bolsita del respaldo delantero, muy ajena a mis peripecias, tome mi “poncho” que había comprado en Santa Ana Chautempan, y me dispuse a descender.

Mi primera impresión fue una bofetada de calor que de inmediato me humedeció hasta mi cola de caballo, atada firmemente con una liga en la parte posterior de mi cabeza y que dejaba lucir la arracada de oro que traía en el lóbulo de mi oreja izquierda; la segunda, más que impresión, fue un recordatorio a toda la ascendencia en línea directa maternal, para Juacho Santibáñez, mi cuate, que me había recomendado que trajera yo mi “poncho”, que ahora lo sentía abrazando mi espalda y la tercera impresión, fue un fuerte ardor en la planta de los pies, como si me los estuvieran quemando los veinte mil demonios, pero no era otra cosa que el pavimento del aeropuerto entrando en contacto con las suelas de llan-

ta de mis huaraches, lo que me obligo a pegar una carrerita, que incluía saltitos y sobaditas de pies, y que duro hasta llegar a la sombra de la sala de espera, donde me vi obligado a atropellar a varias familias que iban a recibir a los pasajeros, y que me veían como a un extraterrestre, no sé si por los saltitos o porque nunca habían visto un verdadero chilango.

Y así llegué por fin, a ese bonito aeropuerto, que —según mi compañero de viaje— fue construido en el lugar más inadecuado y que sirve de monumento a las mamacitas de todos los funcionarios que intervinieron en su construcción, hasta un gobernador que se guardó algunos buenos pesos en la venta del terreno, y cuyo nombre no pude obtener, porque —según el vendedor de chicles— todos han preferido olvidar.

Recogí mi equipaje, que no era más que una bolsa de lona donde llevaba mis escasas pertenencias y salí para buscar una combi o pesero, que me llevara a Tuxtla; después de una larga cola en la ventanilla de taxis —donde volví a encontrar a mi compañero de asiento, quien me vio y salió corriendo— logre un boleto que mermó considerablemente mi presupuesto de viaje, subí a una combi, que me traslado a Tuxtla, a una velocidad ligeramente inferior del jet que me trajo de México, pero incomprensiblemente, llegamos sanos y salvos. Cuando me bajé y después de besar el suelo en agradecimiento, me dirigí a la terminal de los camiones de segunda, para continuar mi viaje hacia San Cristóbal de Las Casas.

Mediodía. Tuxtla. Mes de agosto. La canícula en su apogeo, pues aunque el cielo se ensombrecía, ni trazos de lluvia, una torta de pellejos de pollo en la terminal y vámonos para el autobús, que ladraba con su claxon la orden de la salida a la cual obedecemos una serie interminable de personas que en su conjunto representábamos a la más disímil sociedad, pues iban desde representativos de las diferentes etnias chiapane-

cas, comerciantes en pequeño, mujeres con niños de brazos o de pecho, y hasta la representación total de los animales de corral que este inculto chilango sólo había visto en las películas de Pedro Armendáriz (el viejo), gallinas, patos, cerditos, y hasta un armadillo que llevaban bien amarrado y que fue, al final de cuentas, el que mejor se portó durante el viaje... y así, en un camión repleto hasta los topes, iniciamos nuestra última etapa hacia San Cristóbal de Las Casas, en medio de ese olor tan característico de los camiones de segunda, y los autobuses ocupados por los turistas franceses que siempre nos visitan y que debemos tratar bien, aunque no se bañen los condenados... Y ahí vamos, al principio, sudando más de lo considerado por un defeño que trabaja en unas oficinas públicas, que si bien no tienen aire acondicionado, no carece de ventiladores por todas partes que le hacen a uno la vida más placentera, amén de esas once horas del día, en que invariablemente se presentan los vendedores de tacos, chiles rellenos, tortas, refrescos fríos y tortillitas calientes, tamalitos de rajas etc., todo aderezado con salsas perfectamente conservadas entre esas servilletas tan mexicanas que hicieron famosas los artesanos Oaxaqueños y ricos a los miembros de la familia Brena... en esos pensamientos estaba yo perdido, cuando me di cuenta de que no había comido nada después de la exigua torta de la terminal, y mis tripas ya se empezaban a rebelar, quizás contagiadas por la moda chiapaneca, haciendo un ruido como de truenos bien embozados... mientras todo esto sucedía, nuestro autobús, había llegado a un tramo de curvas y la vegetación empezaba a cambiar, haciendo que el clima se hiciera más confortable busqué con la mirada mi “poncho”, que descansaba en mi portaequipaje mal-trecho, cerca de mi asiento, y recordé nuevamente a mi cuate Juancho y sus consejos de “paseado”:

“Sobre todo lleva algo para el frío, porque San Cristóbal es alto y hace un frío del carajo”.

Bueno, después de todo, voy a tener que agradecerle el consejo, pero la verdad es que no hace tanto frío —pensé dirigiéndole una sonrisa a mi compañera de asiento, una señora ya entrada en carnes, que me la devolvió sin mucho entusiasmo— y en esas consideraciones estaba, cuando de repente, el camioncito se paró y el chofer bajo apresuradamente, después de asegurar un freno de mano con un sonido de engranes que a la legua decía que no servía, y al estar abajo, lo primero que hizo fue ponerle unas piedras grandes que encontró en el acotamiento, para asegurar las llantas con la esperanza que no se fuera a ir el camión a la barranca que abría sus descomunales fauces a un lado de la carretera.

Aproveché para bajarme con la singular idea de desalojar mi vejiga, que ya hace un rato me venía molestando, y me encontré con la novedad que no era el único, pues ya se me habían adelantado varios compañeros que ahora, entre suspiros de alivio dejaban salir el vital líquido y lo miraban con gran nostalgia correr hasta los zapatos del compañero de aventura que estaba haciendo lo mismo junto a él. Tomé mi lugar, un poco más arriba para salvar mis huaraches y tratándome de esconder de la señora que compartía mi asiento y que no metía la cabeza de la ventanilla del camión e hice lo que tenía que hacer, aunque el frío ya empezaba a apretar y me costó bastante trabajo encontrármelo.

El chofer, después de incrustarse en la boca del camión, como hacen los dentistas cuando tratan de sacar una muela, salió y mientras limpiaba la grasa con una franela más negra que roja, nos espetó: “Ni modo, el camión falló, aquí nos vamos tener que quedar hasta que venga el de las siete”. Eran apenas las tres y media de la tarde, el cielo cada vez se encapotaba más y más y mis tripas, en una franca rebelión, me rechinaban como carreta mal engrasada y el frío se hacía por momentos más fuerte, así es que hice lo que

todo hombre inteligente hace en los momentos de crisis. Corrí hacia mi asiento y tomando mi poncho, me envolví a la mayor velocidad posible y me senté, junto a la señora, cuya sonrisa picarona me decía a las claras que me había visto más de lo debido. Traté de no pensar más en los chiles rellenos bien copiaditos con salsa macha y su tortillita calentita, que siempre me mandaba en la oficina gracias a la nueva vendedora que me fiaba hasta que llegara la quincena, pero la verdad es que no podía, y para colmo, la señora fisgona, sacó de un bolsa de papel de estraza, una jugosa torta de jamón y queso aderezada con chiles jalapeños, y la empezó a comer con una delicia que regaba sus olores por todo el ambiente. Me volví a mirarla con ojos de compasión, pero ya la sonrisa picarona se había borrado y en su lugar tenía un gesto de “te chingas” que no pude soportar, así que, con todo y el frío, me enrede en mi poncho y salí a la carretera a fumarme un cigarrillo mientras esperaba el camión de las siete.

No fueron las siete, ni siquiera las ocho cuando paso el camión esperado, que resultó estar más destartalado que el nuestro pero que nosotros vimos con ojos de salvación, ya que el frío había apretado hasta límites alarmantes, y el hambre, que causaría la envidia del más mentado zapatista, ya estaba causando alarma en mi pobre y desdichada persona, sin contar que la señora que conocía mis intimidades, ya había terminado de engullir sus tortas de jamón y queso y a cada momento, me esperaba un eructo de un sabroso olor que me revolvía nuevamente las entrañas.

Desgraciadamente nuestra felicidad fue muy corta, pues el nuevo chofer, después de estacionarse entre la niebla que empezaba a borrar las siluetas, nos dijo que no era posible llevarnos, pues su camión iba completamente lleno, cosa que pudimos corroborar nada más con asomarnos, con caras largas, entre las ventanillas de la unidad y ver lo confortablemente

acurrucados que iban los pasajeros, hasta en los pasillos del camión de las siete. Posiblemente para animarnos un poco, el chofer nos dijo que no debíamos de preocuparnos, pues llegando a San Cristóbal, iba a reportarnos para que enviaran de inmediato un “posturero” a recogerlos.

Como hubiera gozado de esa noche, infernal, envuelto en un frío escandaloso, si por lo menos hubiera tenido, ya no digamos una torta de jamón o un chile relleno, aunque fuera un pinche pedacito de pan duro, al que poder hacerle los honores, pero al no tenerlo, ni modo, nos abrigamos lo mejor que pudimos tratando de capear el frío. Cuando a través de los años, recuerdo mis aventuras de ese viaje, pienso que no la pase tan mal, pues la señora que iba de compañera de asiento, me acurrucó sus asentaderas y pasamos la noche un poco menos aburridos.

El “posturero” no llegó esa noche y no les puedo asegurar si llegó aunque fuera al otro día, pues, no obstante lo divertido de mi compañía, que poco a poco me fue jalando el poncho y subiéndose las faldas, al amanecer tomé mi bolsa de lona y me puse a pedir aventón en la carretera, a cuanto camión pasaba y tuve suerte, pues un chofer de tráiler, adormilado por las horas de manejar, pensó que era preferible tener con quien platicar, aunque fuera un desconocido, que irse a la barranca al descabezar involuntariamente un sueñecito, así es que me invitó a subir hasta un asiento que tenía la particularidad de llevar un resorte con malas intenciones que un violador de menores, pero estaba tan cansado que me valió madre. Y así...

Llegué a San Cristóbal de Las Casas, en medio de un día soleado, que trataba de calentar los congelados huesos de mi esqueleto, sin lograrlo totalmente, pero dándome una sensación de éxtasis que mucho se parecía al orgasmo de la noche anterior.

Semblanza del autor

Jorge de la Llave Krauss, es originario de la ciudad de Córdoba, Veracruz, lugar donde estudió su instrucción primaria y de bachilleres, pasando después a la Facultad Jurídica Veracruzana en la ciudad de Jalapa, Veracruz, donde se graduó como licenciado en Derecho.



En su época de estudiante trabajó en la Junta Central de Conciliación y Arbitraje de Veracruz, y fungió como primer secretario y fundador de la escuela Antonio María de Rivera, de la que desempeñó varios cargos de catedrático de diversas materias.

Contrajo matrimonio con la señorita Sarita García Mígoni, con quien procreó a cinco hijas, ya en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez.

En su aspecto profesional, trabajó como postulante en la ciudad de Córdoba, Veracruz, durante cinco años, pasando después al estado de Chiapas, como gerente general de varias empresas madereras, trabajo que lo envió a la ciudad de Oaxaca, con el mismo cargo durante dos años.

En el aspecto social, fue designado gobernador de distrito 420 de Rotary International, en la Conferencia Mundial número 80 de esa organización celebrada en la ciudad de Seoul Korea durante el año de 1989-1990, distrito que aglutinaba cinco estados del sureste de la república, y que desempeñó, como marcan sus estatutos, un periodo de

un año; en 2009 tuvo el honor de haber sido designado socio honorario, por el Club Rotario de su ciudad natal.

En el aspecto literario, ha escrito cuentos en el periódico *Situaciones*, de la Facultad de Filosofía de la Univesidad Veracruzana, y versos en algunos periódicos de la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, así como artículos de política en la revista *Versión*.

Rectoría

Ing. Roberto Domínguez Castellanos
RECTOR

Dr. José Rodolfo Calvo Fonseca
SECRETARIO GENERAL

C.P. Miriam Matilde Solís Domínguez
AUDITORA GENERAL

Lic. Adolfo Guerra Talayero
ABOGADO GENERAL

Mtro. Pascual Ramos García
DIRECTOR DE PLANEACIÓN

Mtro. Florentino Pérez Pérez
SECRETARIO ACADÉMICO

Dra. María Adelina Schlie Guzmán
DIRECTORA DE INVESTIGACIÓN Y POSGRADO

Lic. María de los Ángeles Vázquez Amancha
ENCARGADA DE LA DIRECCIÓN DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Lic. Ricardo Cruz González
DIRECTOR DE ADMINISTRACIÓN

L.R.P. Aurora Evangelina Serrano Roblero
DIRECTORA DE SERVICIOS ESCOLARES

Mtra. Brenda María Villarreal Antelo
DIRECTORA DE TECNOLOGÍAS DE INFORMACIÓN Y COMUNICACIONES

Lic. Noé Fernando Gutiérrez González
DIRECTOR DEL CENTRO UNIVERSITARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN

Dependencias de Educación Superior

Mtro. Jesús Manuel Grajales Romero
DIRECTOR DE OFERTA EDUCATIVA REGIONALIZADA

L. G. Tlayuhua Rodríguez García
DIRECTORA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS DE LA NUTRICIÓN Y ALIMENTOS

Dr. Ernesto Velázquez Velázquez
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE CIENCIAS BIOLÓGICAS

Mtro. Alberto Ballinas Solís
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ODONTOLÓGICAS Y SALUD PÚBLICA

Mtro. Martín de Jesús Ovalle Sosa
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

Dr. José Armando Velasco Herrera
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE INGENIERÍA

Antrop. Julio Alberto Pimentel Tort
DIRECTOR DEL CENTRO DE ESTUDIOS SUPERIORES EN ARTES

Dr. Alain Basail Rodríguez
DIRECTOR DEL CENTRO DE ESTUDIOS SUPERIORES DE MÉXICO
Y CENTROAMÉRICA (CESMECA)

Dra. Silvia Guadalupe Ramos Hernández
DIRECTORA DEL CENTRO DE INVESTIGACIÓN EN GESTIÓN DE RIESGOS Y CAMBIO
CLIMÁTICO

Lic. Jorge Luis Taveras Ureña
COORDINADOR DEL CENTRO DE LENGUAS

**Colección
Boca del Cielo**



UNICACH

Dictados del sueño

Se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2013.
Teléfono: 33-3825-1301, con un tiraje de 500 ejemplares.
El diseño tipográfico estuvo a cargo de Salvador López Hernández. El cuidado de la edición fue supervisada por la Oficina Editorial de la UNICACH, durante el rectorado del Ing. Roberto Domínguez Castellanos.

Dictados del sueño, es un modesto trabajo que tiene la presunción, primero de enviar un agradecimiento al estado de Chiapas, que a través de cincuenta años, ha sido y será el hogar del autor y su familia así como también en el verso vientre de siglos, quiso hacer un homenaje a un pueblo a quien le debemos un agradecimiento infinito, por la cultura que, no obstante el abandono que han sufrido por años, ha permanecido fiel a sus tradiciones, que mucho valoramos.

En el cuento "un mal sueño", que narra las experiencias del autor, sus creencias y pensamientos, delegados en un niño de siete años, que viviendo en el bosque, hijo menor de una familia de troceros, llega a comprender la triste realidad de los campamentos madereros y el daño que la extracción está ocasionando en los bosques, no sólo al estado, ni siquiera sólo al país, sino a la salud de todo el mundo, y se atreve a reconocerlo en un sueño que, piensa inocentemente, es una pesadilla.

Se incluyen también versos y cuentos nacidos de las experiencias del autor, y que son un pequeño reconocimiento a sus protagonistas, familiares y amigos

